# Sevilla



por Juan Béjar Delgado

Labor cultural

Sevilla. - Escuela Profesional
del Arte de Imprimir. - 1918

# SEVILLA

Breves apuntes históricos.
Sus hijos ilustres en las
Ciencias y en las Artes

Conferencias leídas por el
asociado JUAN BÉJAR DELGADO, en el Centro de Obreros del Arte de Imprimir,
al terminar el curso de
MCMXVIII

SEVILLA

ESCUELA PROFESIONAL DEL ARTE DE IMPRIMIR

1918

# Al Ecxmo. Ayuntamiento

# de Sevilla

*La Asociación de Obreros del Arte de Imprimir tiene el honor de dedicar a V. E. esta pequeña prueba de los modestos trabajos que en pro de la cultura se realizan en la Escuela profesional del Arte de Imprimir, y le suplica acoja con cariño el para nosotros interesante estudio que, sobre «Sevilla», ha explanado el antiguo y querido maestro de tipógrafos, Juan Béjar Delgado.*

*Es gracia que espera alcanzar del Excelentísimo Ayuntamiento sevillano, por la Asociación de de Obreros del Arte de Imprimir y sus ramos afines de Sevilla,*

*LA JUNTA DIRECTIVA.*

*Julio de 1918.*

*SEÑORES:*

*COMPAÑEROS DE MI CULTA ASOCIACIÓN:*

*DISCIPULOS DE NUESTRA ESCUELA:*

*SEVILLANOS:*

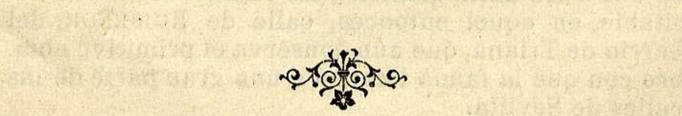
A todos os pide el viejo tipógrafo un poco de atención, algo de calma y mucho de benevolencia, porque las descabelladas e insustanciales cuartillas que va a someter al juicio de todos vosotros, no es una ostentación vana de falsa erudición ni un esfuerzo pedantesco para enseñaros cosas que, por arcaicas, son demasiado conocidas de todos los que tengan afición a la historia chica de nuestra hermosa cuan célebre ciudad, pues la historia no se inventa, se copia, y esto es lo que hizo este humilde narrador de cosas sabidas.

Estas descabelladas cuartillas son un tributo debido a la ciudad del Betis por el más insignificante de sus hijos, pues os voy a declarar que nací en 1858 en una casa antihigiénica y en ruinas de la intransitable, en aquel entonces, calle de RUISEÑOR, del barrio de Triana, que aún conserva el primitivo nombre con que la fauna bautizó a una gran parte de las calles de Sevilla.

Trianero neto, amante entusiasta de su tradicional barrio; no tiene más orgullo que haber sido bautizado en la misma pila de la antiquísima parroquia de Santa Ana (a cuya pila bautismal llamaron los antiguos trianeros *de los Gitanos)*, en que lo fué aquel gran filósofo, poeta eminente y gran matemático don Alberto Lista y Aragón.

Otro de los motivos que me impulsaron a copiar

los apuntes que van a seguir, estriba en la falta que se nota en las escuelas primarias de un pequeño librito, que bien pudiera escribirse por los cronistas oficiales de cada capital de provincia, como especie de compendio de la historia chica de nuestras ciudades, lo que proporcionaría aumentar el cariño hacia el suelo nativo y estimular a los pequeños ante el ejemplo de los hijos ilustres que fueron honra del suelo que les vió nacer; porque es doloroso que los jóvenes escolares y otros que ya comparten las faenas del trabajo, ignoren el por qué de los nombres que figuran en las calles donde nacieron o viven, y hasta se evitaría que los muchachos apedrearan lastimosamente las letras cerámicas fijas en las paredes, destrozando los nombres de ilustres literatos, eminentes artistas, encomiados filántropos y egregios militares, porque no se les alcanza la grandeza de esos rótulos que representan toda la importancia de la gran urbe fenicia, romana, visigoda, árabe y cristiana, la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla.



# SEVILLA

«Hércules me edificó,
Julio César me cercó
de muros y torres altas,
un rey godo me perdió
y un rey santo me ganó
con Garci Pérez de Vargas.»

En estos versos que pudieron leer nuestros antepasados en la demolida puerta de Jerez, cuyo lugar aún conserva este nombre, está sintetizada toda la historia antigua y media de nuestra hermosa ciudad.

Quisiera en estos momentos gozar de facultades intelectuales, que nunca las tuve, y de datos históricos precisos para hacer una pequeña relación del génesis, desenvolvimiento y estado actual de este pequeño paraíso que llamamos Sevilla.

Algo hay que decir y a la obligación me someto; advirtiéndoles a cuantos quisieron honrarme en esta ocasión, que en mi charla no escucharán nada que no hayan expuesto otros con más autoridad que la mía, pues la historia no se inventa, lo mejor es copiarla de los mejores datos de los mejores cronistas.

¿Cómo les va a disertar este tipógrafo, que no ve más allá de los tipos de imprenta, de aquellas civilizaciones tartesio-turdetanos, de aquellos pueblos la-

custres, que moraban sobres las aguas del Betis en rústicas viviendas, si en nuestra ciudad no se conserva ni el más pequeño rastro de aquella prehistoria? Les podrá decir a los discípulos que en el siglo XV antes de la Era cristiana, los fenicios desembarcan en el istmo formado por el trozo de tierra que iba desde Gibraltar a Ceuta, puesto que el Estrecho no existía, y fundan a Cádiz. Deseando ensanchar su comercio, puesto que a ello venían, se internan y llegan a nuestro suelo, en donde está Sevilla. Admíranse de la exuberancia de su tierra, de sus abundantes aguas, de la hermosa temperatura que les ofrecía un sol esplendoroso y un clima más benigno que el de la patria que abandonaron.

«Aquí será fundada la gran ciudad»—dijeron aquellos mercaderes—y en poco tiempo surgió de aquel campo la Hispalis famosa. ¿Dejaron en nuestra ciudad rastros de su dominación? Sí, aunque en ello no estén conformes los historiadores, y dispénsenme mi atrevimiento a esta afirmación. Los fenicios tenían como representación del esfuerzo humano a Hércules, y no cabe duda que, de los templos que al dios de la fuerza se erigieron en la ciudad del Betis, sea el que existió a él dedicado en el área de la parroquia de San Nicolás, los que ocuparon el área respectiva de los templos de San Juan Bautista y San Lorenzo, el que se cree estuvo en la calle Mateos Gago, o aquel de que formaron parte las tres columnas que aún se conservan en la calle de los Mármoles; alguno de éstos es originario de la época fenicia, y, por lo tanto, de la fundación de Sevilla, por eso se leía en la puerta de Jerez: «Hércules me edificó».

Empieza la dominación romana, en el siglo III antes de Jesucristo, con la derrota de los cartagineses por Escipión, quien, antes de partir para Africa, llega a Sevilla; pero atendiendo más bien al bienes-

tar de sus soldados, funda una colonia o sanatorio para los heridos o enfermos de la campaña, escogiendo las alturas del pueblo de Santiponce como más higiénicas que las llanuras de Hispalis, y de la preshistórica «Sancios», resurge la ITÁLICA famosa, cuya destrucción es todavía ignorada por los historiadores, y de la cual nos dice el célebre andaluz, hijo de Utrera, relator insigne de sus monumentos históricos, RODRIGO CARO, en una magnífica canción a las «Ruinas», escrita en el siglo XVII, «que su derruído anfiteatro»,—que aún es admiración de cuantos visitan a la ciudad del Betis,—representa «cuánta fué su grandeza y es hoy su estrago».

Para considerar la importancia que en esta época tendría la derruída Itálica, basta recordar que está comprobado por los historiadores que en ella se mecieron las cunas de los emperadores ADRIANO y TRAJANO, en los siglos I y II de nuestra era, orgullo de la antigua Roma. Del emperador TEODOSIO el Grande, que en el siglo IV supo contener la invasión de los bárbaros del Norte, cuentan los historiadores que fué hijo de un español, soldado de la colonia de Itálica, pero no está comprobado el lugar de su nacimiento.

En el siglo I antes de Cristo empiezan las rivalidades de JULIO CÉSAR, implacable enemigo de Pompeyo, y aquél llega a Sevilla para preparar sus aguerridas cohortes, y acuerda cercar a Híspalis "de muros y torres altas", de los cuales se conserva en la actualidad el trozo que de N. a E. se extiende desde la puerta existente de la Macarena hasta la capilla de San Hermenegildo.

Derrotados los hijos de Pompeyo, Neyo y Sexto, en la batalla de Munda, ciudad que algunos creen que estuvo situada junto a Córdoba y otros en la provincia de Sevilla, César nombró a Híspalis la primera ciudad de la Bética, siendo muchas las familias

ilustres de Roma que vinieron a avecindarse en nuestra ciudad.

Cuánta era la grandeza y poderío que en esta época adquirió Sevilla, lo prueban los monumentos históricos que aún pueden admirarse y el recuerdo de aquellos otros que fueron desapareciendo por las continuadas invasiones de otros pueblos enemigos de Roma.

El trozo de muralla del que ya hemos hecho mención; las columnas del templo de Hércules existentes eu la calle de los Mármoles, muy parecidas a las que existen en el lado S. de la Alameda, de las cuales se cuenta que estuvieron, en años anteriores al reinado de D. Pedro I, tendidas en la plaza del Triunfo, hasta que el Asistente de Sevilla, D. Francisco Zapata, CONDE DE BARAJAS, hizo de este lugar antihigiénico un magnífico paseo, en 1574, que llamaron de la Alameda Vieja, y a él hizo conducir, para grandiosidad del lugar, los dos referidos monolitos, coronándolos con dos estatuas romanas, una de Julio César, y otra de Hércules, quien dió nombre a la antigua Alameda. De lo que no existe se recuerda el magnífico templo dedicado a los dioses en el área de la iglesia de Santa Catalina; el suntuoso, dedicado a Hércules, en la de San Nicolás; el templo llamado el Panteón, en la de Omnium Sanctorum, y el bellísimo dedicado a Venus, en el área de la iglesia parroquial de Santiago. También se debe mencionar el acueducto de los caños de Carmona, recientemente demolido, si bien otros historiadores dicen lo construyeron los árabes en 1172 para abastecer la ciudad.

En el siglo V, quebrantado ya el poderío del imperio romano, que no pudo hacer frente a las invasiones bárbaras, los vándalos, pueblo guerrero de la Germania, invaden la Bética, desvastándolo todo. Gunderico, su rey, a su paso por esta región, penetra violentamente en Sevilla, a la cual convierte en

ruinas, destrozando los magníficos monumentos romanos que la embellecían; conservándose como recuerdo de sus hazañas, que la espalda de la iglesia de San Vicente, por él derruída en su primera fundación, se denomina PLAZA DE GUNDERICO. La invasión de los vándalos le dió a la región Bética el nombre de Vandalucía, que cambiaron los árabes por Andalucía, nombre actual de este pedazo de tierra española, que, por su cielo, por su clima, por sus bellezas artísticas, que abrazan todos los órdenes y escuelas de las bellas artes, por la clarividencia y talento de sus hijos en todos los tiempos y en todas sus razas, es la región más afamada de toda la humanidad, y dispénsenme si lo digo.

En el año 419 invaden los visigodos Andalucía, en sus últimas luchas contra los romanos, no estando de acuerdo los historiadores acerca del primer rey godo que la visitó, ni qué sucesos notables pudieron acaecer antes del reinado de Leovigildo, que, en lucha contra su hijo Hermenegildo, por ser católico, fué este aprisionado y muerto por orden de su padre; siendo tradición sevillana que la capilla de San Hermenegildo, situada en el lugar en que terminan las conservadas murallas romanas, ocupa el área del local donde fué martirizado este mártir del cristianismo.

RECAREDO, hijo de Leovigildo, abdica la secta arriana por consejos de SAN LEANDRO, llegando a su mayor apogeo la civilización goda, de la que disfrutó Sevilla con la celebración de los concilios en los años 590 y 619, el primero presidido por San Leandro y el segundo por SAN ISIDORO, lumbrera de la Iglesia en la Edad Media, arzobispo de Sevilla y uno de los más esclarecidos varones de su época por la ciencia y sabiduría que prestó a la literatura hispano-latina de su tiempo. Creen los historiadores de nuestra ciudad que los expresados concilios se cele-

braron en la que fué catedral de Santa Jerusalén, lugar que hoy ocupa el templo de San Julián.

En recuerdo de estos actos, el blasón grande de la ciudad ostenta las efigies de Leandro e Isidoro a los lados del rey que la rescató de los árabes, con la inscripción siguiente: "Concilii Civitates Hispalense".

Como recuerdo artístico de la época visigoda, conserva Sevilla algunos restos de columnas y capiteles y el tazón de la fuente que aún podemos admirar en el histórico patio de los Naranjos de la Catedral.

Potente era el reinado de los visigodos en España en los albores del siglo VIII; pero en tanto el rey Rodrigo "folgaba con la hermosa Caba en la ribera del Tajo", sin cuidarse del peligro árabe que amenazaba a España, y traicionado primero por el conde don Julián y poco después por el arzobispo don Oppas, hijo de Witiza, sucumben su persona y su potente Estado, causando la ruina de la monarquía visigoda, el año 711, en la batalla del Guadalete, cerca de Jerez, lo que ocasionó la invasión irresistible de los árabes. Por eso en la mencionada inscripción de la demolida puerta de Jerez se leía: "un rey godo me perdió".

Sevilla se resiste a la invasión árabe, pero se rinde a Muza en 712, entregándose de la capital Abd el-Aziz, que ordena la construcción del primitivo alcázar; pero muere asesinado por orden de Abderramán. Fundado el califato de Córdoba, se trasladan a dicha ciudad, llamados por el primer califa, fundador de su célebre Mezquita, los principales caudillos, quedando reducida nuestra ciudad a un gobierno provincial, aunque de bastante importancia.

Describir los sucesos entre almoravides y almohades, de los cuales fué testigo Sevilla, no se amolda al objeto de estos deshilvados apuntes que están tomados con el único objeto de reseñar, aunque des-

acertadamente, el relato somero de la historia sevillana y apuntar los monumentos con que la hermosearon sus diferentes moradores.

También merecen mencionarse, y para ello he tenido que asesorarme de valiosos apuntes, los árabes sevillanos que mayor nombradía tuvieron en la época de su dominación. Dejando para otro lugar al célebre arquitecto Hever, a quien debemos esa Giralda única en el mundo y orgullo del sevillano por que es su representación genuina; aquí nacieron el rey Albul-Kasiru, fundador de la dinastía de los abbadidas; el valeroso cuan infortunado Al-Motamid, el poeta más grande de los de su raza; Abdalla-Ben-Mohab, el poeta enamorado más de las damas que de su cargo de visir; Zaida, princesa árabe, que después fué reina de Castilla por su casamiento con el rey Alfonso VI, tomando el nombre de Isabel; los hebreos David Ben-Mudraham y Cohem-Sphardi, filósofos y astrónomos de gran renombre, y Babi-Salomón, médico, sabio y astrólogo, y muchos más que se hace imposible su mención en estos ligeros apuntes tomados al azar.

En los cinco siglos que sufrió Sevilla la dominación musulmana se vió enriquecida con magníficos monumentos arquitectónicos, de los cuales algunos son causa de admiración universal.

El primero de todos es la típica Giralda, por la cual es conocida Sevilla en todos los países, pues no se concibe una representación gráfica de nuestra ciudad sin que aparezca la silueta de la gallarda torre, la más característica y más clásica de toda la cristiandad.

La construcción árabe, que llega hasta el cuerpo de campanas, fué construida a principios del sigloXI por el moro Hever, según algunos historiadores; pero otros lo niegan afirmando que es obra de fines del siglo XII, y estaba adosada a la gran mezquita que

ocupaba el área del patio de los Naranjos y parte de lo que hoy es iglesia Catedral. En sus cimientos se emplearon multitud de lápidas y restos de los destruídos monumentos romanos, como pudo comprobarse en las últimas obras de reparación que se hicieron en tan notable monumento.

Además de la mezquita mayor, edificaron los árabes otras muchas repartidas por la ciudad, de las cuales se conservan algunos restos valiosos para el estudio de esta hermosa arquitectura, expresando aquí algunos ligeros apuntes para los aficionados a las bellezas artísticas que atesora Sevilla.

En la iglesia de Santa Catalina pueden admirarse: la magnífica bóveda de una de sus capillas, los vestigios árabescos de la parte exterior y la torre, aunque ésta perdió mucho de su carácter artístico al ser restaurada. Fué mezquita también el Salvador, y en San Marcos se conserva la torre, a la cual, se dice, gustaba mucho subir el inmortal Cervantes durante los años que estuvo avecindado en Sevilla, a fines del siglo XVI.

Otro monumento notable del que se orgullece Sevilla es el Alcázar, empezado a construir por los árabes tan luego invadieron la ciudad y que ha sufrido algunas alteraciones. Fué restaurado el edificio por Don Pedro I y en tiempos de Carlos V se aumentó con nuevas edificaciones. Para admirar las bellezas que contiene hay que observar la fachada principal del patio de la Montería, y las preciosas labores y calados del salón de Embajadores y los magníficos patios de las Doncellas y de las Muñecas.

Otros recuerdos valiosos de la dominación musulmana los tenemos en los subterráneos que aún se conservan en la calle Abades, y en los de la de Jesús, que fueron los Baños de las reinas moras, por eso la calle contigua se llamó calle de los Baños.

Arabe es también la torre del hospital de San Lá-

zaro, y al extender el muro del Alcázar hasta la orilla del Guadalquivir, edificaron los torreones llamados de Abd-el-Aziz el de la plaza de Santo Tomás, de la Plata en la calle Atarazanas y, por último, la hermosa Torre del Oro, que tanto figuró en el reinado de Don Pedro I, el *Justiciero ó Cruel*. Los árabes fueron (como hemos dicho) los primeros en llamar Andalucía, en vez de Vandalucía, a toda la región de la Bética.

Llega Fernando III a las cercanías de Sevilla con un valeroso ejército, en el que figuraban los caudillos GARCI-PÉREZ y PELAY CORREA, ayudado por la flota del ALMIRANTE BONIFAZ, y, después de un asedió de varios meses, entran triunfantes en la ciudad el día de San Clemente, 23 de Noviembre del año 1248, concluyendo con la dominación árabe, que duró más de cinco siglos. Por eso se leía en la lápida que ostentaba la demolida puerta de Jerez: "un rey santo me ganó con Garci Pérez de Vargas".

Digno de referir es el suceso acaecido al hijo y sucesor de Fernando III, a DON ALONSO EL SABIO, llamado así puesto que fué filósofo, astrónomo, legislador y poeta. En las revueltas promovidas por su hijo don Sancho, que amargaron el reinado y la vida del monarca, Sevilla fué quizás la única ciudad que se le mantuvo fiel, por eso en el escudo pequeño que le sirve de blasón, concesión del autor de las *Querellas*, figura una madeja entre las sílabas NO 8 DO, como diciendo: "Sevilla no me ha dejado".

Como el objeto primordial al trazar estos apuntes es el que conozcan nuestros discípulos el por qué de los nombres que figuran en el nomenclator de las calles de Sevilla, antes de hacer una breve reseña de sus hijos ilustres, es menester ocuparse de algunos hechos históricos para completar la idea que dió origen á mi descabellado intento.

Hay que decir algo de D. Pedro I, más justiciero

que cruel", apesar de lo que nos dejó escrito Ayala, su cronista, pero enemigo del rey sevillano.

De sus tradicionales aventuras callejeras, se conserva el busto de la CABEZA DEL REY DON PEDRO y, cerca, la calle CANDILEJO; donde tuvo lugar el suceso trágico que dió lugar a que el rey se hiciera justicia por sí propio, mandando colocar en aquel sitio una efigie de su cabeza como era costumbre colocar la de los criminales que morían decapitados.

Este desgraciado monarca, que de modos tan diversos ha sido discutido por los historiadores, murió alevosamente, cerca del castillo de Montiel, a manos de su hermano Enrique de TRASTAMARA, a quien ayudó en mucho su hermano ALONSO TELLO, señor de Vizcaya, ambos hijos bastardos del rey Alfonso XI, padre del monarca.

Nada notable, con relación a las artes, ocurrió en Sevilla hasta concluir la Edad Media, a no ser el reloj de la Giralda, primero que se puso en España en 1400.

La renovación literaria, artística y científica que se produjo en Europa en el siglo XV, que llamamos Renacimiento, en cuya época se inventaron la imprenta y el grabado, factores importantísimos para vulgarizar las creaciones del espíritu y de las artes, tuvo en España una parte principalísima con la entrada en Granada de los Reyes Católicos en 1492, la salida del Colón del puerto de Palos el 4 de Agosto del mismo año y la fecha memorabilísima del 12 de Octubre, célebre en la historia de los grandes acontecimientos de la humanidad, por ser la en que Cristóbal Colón oyó gritar con entusiasmo a RODRIGO DE TRIANA desde lo alto de la cofa: ¡¡Tierra!! Es decir, que estaba descubierto un nuevo contimente, la América.

En 1502, a petición de la ciudad de Sevilla, fue fundada la Universidad en el colegio de MAESE RO-

DRIGO, que estuvo en el demolido Seminario, del cual sólo se conserva la capilla; trasladándose los estudios en 1771 a la casa que ocupaba el colegio de los Jesuítas, magnífico edificio que fué trazado por el célebre arquitecto Herrera. Don Pablo de OLAVIDE, personaje notable que figuró en el reinado de Carlos III, trabajó mucho por normalizar los estudios académicos que en ella se cursaban, siendo este el motivo por el cual Sevilla le concedió, un recuerdo dándole su nombre a una de las calles.

En el año 1403 empezó a construirse nuestra hermosa Basílica por acuerdo del Cabildo Catedral, terminándose la suntuosa obra en 1506, monumento grandioso que encierra un tesoro artístico tan grande por la magnificencia de su fábrica y por el esfuerzo que a ella prestaron los genios sevillanos que la han enriquecido, que podemos decir sin temor a que nos desmientan, que la Catedral de Sevilla, trazada, como es tradición cristiana, de Oriente a Poniente, aparte de su principal objeto, que es el eclesiástico, como secular es un verdadero museo de las artes.

Y de esta época parte el verdadero renacimiento sevillano. El poético Betis, que sólo servía para cantar endechas amorosas, recuerdo de los amores de Don Pedro I con María de Padilla, la reina macarena, ve partir en frágil carabela, en 1519, al célebre navegante portugués Fernando de MAGALLANES, que logró descubrir, después de penosa navegación, por mares desconocidos, el estrecho de su nombre.

Dos monumentos conserva Sevilla de principios del siglo XVI que no debemos dejar de mencionar: la Casa de Pilatos, así denominada porque, según tradición, tenía bastante semejanza con la que habitó en Palestina el juez romano encargado de juzgar á Cristo y de sentenciarlo. Fué mandado construir por don Pedro Henriquez de Ribera y encierra verdaderas maravillas artísticas. El otro es el Hospital de las Cinco

Llagas, fundación de don Fadrique Henriquez de Ribera, para cumplir la disposición testamentaria de su benéfica madre doña CATALINA DE RIBERA.

El comercio con los indios occidentales, debido a los descubrimientos y a las conquistas incesantes de los españoles que se aventuraban a traspasar el gran Occeano, llega a su mayor grado de esplendor y riqueza en el reinado de Felipe II, hasta el extremo que los comerciantes sevillanos tenían incautado todo el comercio de América y al puerto de nuestra ciudad afluían los productos de Flandes, Inglaterra e Italia.

En 1527 empiezan las obras de las Casas Capitulares, que se terminan en 1559 en su parte antigua, que es una verdadera maravilla del estilo plateresco por sus tallados en piedra, por lo delicado de sus relieves, frisos y pilastras en la parte exterior de este monumental edificio, que viene sirviendo de modelo a nuestros modernos, pero aventajados, artistas, para imprimir en sus clásicas construcciones esas filigranas hermosísimas que adornan la casa popular de la ciudad fenicia, romana, visigoda, árabe y cristiana.

Como demostración de la importancia grandísima del comercio sevillano a mediados del siglo XVI, en que las naves nacionales y extranjeras llegaban a nuestro puerto para hacer sus expediciones a los países descubiertos por los españoles y conquistados por el esfuerzo de la tizona de sus soldados, lo demuestra el acuerdo de Felipe II para que se construyera el Consulado, edificio donde los mercaderes sevillanos pudieran hacer sus transacciones con entera libertad, y en 1585 dieron principio las obras, de lo que hoy llamamos Casa Lonja, bajo la traza del célebre arquitecto Juan Herrera, concluyéndose su construcción en 1598, siendo su mayor caraterística la solidez propia en todas las obras que fueron trazadas por el nunca bien celebrado arquitecto español.

Y aquí empieza la edad de oro de la Atenas española, porque los grandes ingenios todos se fijaron en nuestra ciudad como mejor escenario para sus portentosas creaciones.

Cervantes, el príncipe de los ingenios hispanos, que fuè vecino nuestro en los últimos años del siglo XVI y que solicitó un cargo para las tierras americanas, lo que no pudo obtener por motivos que es mejor no *meneallo*, pues a haberlo obtenido quizás no pudiéramos hoy deleitarnos con la prosa inimitable de su inmortal *Quijote*, se inspira en las costumbres y lugares de Sevilla para escribir *La Española Inglesa*, cuyo recuerdo se conserva en la casa fronteriza a la iglesia de Santa Paula. *Rinconete y Cortadillo*, novela de la que fueron testigos la plaza de San Salvador y el histórico arco de Mañara, así como *El Coloquio de los Perros*, cercano a la iglesia del colegio de Maese Rodrigo.

"Roma triunfante en su mayor grandeza" la llamó este escritor insigne, cuan desgraciado soldado, en uno de sus famosos sonetos, y entonces se hizo general la frase "quien no vió Sevilla no vió maravilla", que el francés tradujo, y consta en sus dicionarios "qui n'a vu Seville, il n'a vu rieu", y pudiera asegurarse que esta frase es admitida en todas las naciones del mundo.

El fénix de los ingenios españoles, Lope de Vega, inmortalizó la calle Bustos Tavera en su célebre comedia *Sancho Ortiz de los nobles o la Estrella de Sevilla*, porque en este lugar estuvo la casa en que vivieron los señores de este apellido y se dice la habitó doña Estrella, cuando acaeció el suceso trágico en que Sancho Ortiz se vió obligado a matar en desafío a su cuñado Bustos Tavera.

Calderón de la Barca, el excelso poeta y filósofo, cuyas obras son hoy admiradas por los amantes del verdadero Teatro Español, escribe el hermoso drama

*El médico de su honra*, basado en el suceso ocurrido al progenitor de los Solises en su morada, que ocupaba el lado sur de la plaza del Duque de la Victoria.

Tirso de Molina, que en el mundo se llamó Fray Gabriel Téllez, inspirándose en la tradición sevillana de que en una de las capillas del demolido convento de San Francisco, que ocupaba el área de la actual plaza de SAN FERNANDO existió el sepulcro del comendador Ulloa, que tanta relación guarda con las aventuras que se atribuyen al legendario sevillano Don Juan Tenorio, inmortaliza la tradición con *El Burlador de Sevilla o Convidado de Piedra*, refiriéndose a la época del reinado de Alfonso XI, de cuya obra hizo una desdichada imitación el peor de los Corneille con su *Festín de Pierre*.

El célebre apellido sevillano, TENORIO, há adquirido una popuralidad inmensa con el drama del laureado poeta español don José Zorrilla por la valentía e inspiración de sus magníficos versos y por el carácter especial con que se desarrolla la obra. A este autor se debe también el popular drama *El Zapatero y el Rey*, que nos refiere las desventuras y trágico fin del discutido rey sevillano don Pedro el *justiciero... o cruel*.

Hacer la descripción completa de todas las intelectualidades que se han inspirado en nuestras hermosas tradiciones y en las costumbres particulares de nuestro pueblo, no se amolda a la intención con que se han tomado estos ligeros apuntes; sin embargo, hablaremos de algunos escritores que nos han tratado de cerca.

Don Angel Saavedra, Duque de Rivas, insigne cordobés, que residió en Sevilla por los años de 1836 a 1843, poeta eminentísimo, escribe en nuestra ciudad sus mejores *Romances históricos*, y aquí se inspira para trazar su hermoso drama *Don Alvaro o la fuerza del sino*, describiéndonos en el Arenal

de Sevilla el aguaducho donde, en las tardes del caluroso estío, se deleitaban los concurrentes bebiendo la fresca y saludable agua de Tomares. «¡Sevilla, Guadalquivir! ¡Cuán atormentáis mi mente!» hace exclamar al protagonista de su drama remembrando los días amorosos que precedieron a su forzado destino fatal.

Doña Cecilia Bolh de Faber, extranjera por la sangre, pero española de corazón y más que española sevillana, descriptora fiel de las costumbres andaluzas de su tiempo, mujer de raro ingenio, conocida en la república de las letras con el pseudónimo de *Fernán Caballero*, dejó inédita una novela corta, que fué publicada bajo los auspicios de don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, titulada *Magdalena*, en la cual nos dibuja con la maestría observada de esta ilustre mujer, como sevillana hermosa, requerida de amores por un extranjero, que le ofrece galas y emociones, abdica de su honor, pero que más tarde muere de sentimiento escondida bajo el cadalso en que la justicia humana castigó a su hermano por haber sido el vengador de su honra. Por eso tituló a su obra *Magdalena*. En recuerdo de doña Cecilia podemos admirar su busto en mármol en la casa de la calle FERNÁN CABALLERO, en cuyo edificio vivió, y murió el 7 de Abril de 1877.

Don Pedro Antonio Alarcón, en sus *Recuerdos de un viaje por España*, obra publicada en 1849, dice: «Esta ciudad—Sevilla—, que es sin duda la mayor de España, es rica en edificios suntuosos de toda clase pero en especialidad los dedicados a cultos».

Hace una breve reseña histórica y se ocupa de las tradiciones populares del rey Don Pedro I, *La elección de un escribano, El agua de San Francisco, El reo, La bula de excomunión, Doña María Coronel y La vieja del candilejo*, en la cual nos recuerdan los siguientes versos alusivos al monarca sevillano:

«Al andar sus chaquezuelas
forman ruido notable,
como el que forman los dados
al confundirse y mezclarse».

Hacer una información completa de los escritores extranjeros que se han ocupado de nuestra ciudad resulta tarea imposible por no contar con tiempo ni medios suficientes para completar esta labor. Sin embargo, apuntaremos algo de lo más conocido.

Teófilo Gautier, notable escritor francés, en *Un viaje por España*, que hizo en 1840, cuando todavía se pasaba a Triana desde el Arenal por el puente de barcas, no da su conformidad a la frase "quien no vió Sevilla no vió maravilla", pero reconoce que tiene todo el rumor y movimiento de la vida.

De verdadera maravilla clasifica a nuestra Catedral y dice "que es sorprendente, aun después de vistas las de Burgos y Toledo y la mezquita de Córdoba...Las pagodas indias más monstruosamente prodigiosas no pueden competir con la Catedral de Sevilla... La iglesia de Nuestra Señora de París podría colocarse cómodamente en la nave central, que es de una elevación espantosa".

Describiendo el Salón de Embajadores de nuestro Alcázar, dice de él que "es quizás más bello y más rico que el de Granada", apesar de los modernos aditamentos que le hicieron perder su verdadero carácter arábigo, pues no encajan en él esos bustos de reyes de la moderna edad.

Otro escritor francés, Carón de Beaumarchais, dió al teatro su célebre comedia *El Barbero de Sevilla*, en 1775, en la que desarrolló su ingenio preclaro para presentar una escena sevillana de amores en la que las ilusiones del tutor poderoso caen vencidas ante la fuerza avasalladora del amor,y fué tal el éxito que produjo entre los espectadores que, años después, escribió *El casamiento de Fígaro*, continuación de la obra anterior.

El divino arte de las notas, la música, esa inspiración celestial que arroba el espiritu hacia el infinito, también tenía que rendir culto a la ciudad de la Giralda, y el primero, quizás de los célebres maestros compositores, Mozart, el precoz pianista, asombro de Viena, por los años 1780, escribe sus hermosas partituras *Las bodas de Fígaro* y el *Don Juan;* pero lo que hizo célebre a la ciudad del Guadalquivir, dándola a conocer en todo el mundo, fué el divino Rossini, presentando a la escena lírica, en 1816, esa filigrana incomparable, basada en la comedia de Beaumarchais, que se titula *El barbero de Sevilla,* la cual, apesar de un siglo transcurrido desde que fué escrita, siempre es escuchada y aplaudida por los amantes de la verdadera armonía por su delicadeza y arte. De su célebre sinfonía hablaremos al tratar de los hijos ilustres de Sevilla.

Otro de los grandes maestros italianos, Donizetti; presenta en el teatro, en 1840, su célebre ópera *La Favorita,* de grato recuerdo para los sevillanos que tuvieron la ocasión gratísima de oirla cantar al inolvidable Gayarre, y en ella el compositor insigne se inspira en los jardines y salones del Alcázar de nuestra ciudad, en los cuales se desarrollan las principales escenas de una tradición sevillana.

Basándose en la novela de Próspero Merimé, compone el célebre cuan malogrado Jorge Bizet la magnífica partitura de la ópera *Carmen,* que fué estrenada con gran éxito en 1875, y de la cual dijo la crítica a raiz de su estreno que el ilustre compositor francés había cogido la música española para vestirla de frac y guante blanco.

El libro de esta obra, popular en España, nos presenta una cigarrera, algo exótica, pero "digna de ser morena y sevillana" (como dijo uno de nuestros mejores poetas), en la fábrica de Tabacos de Sevilla, y consigue enamorar al sargento José, estando de guar-

dia, hasta hacerle desertar atraído por los encantos de Carmen, que luego le resulta coqueta y veleidosa, correspondiendo a los amores de Escamillo, *el Toreador;* pero muere apuñalada por su primitivo amante, ardiente en celos, en las mismas puertas de la plaza de Toros de Sevilla, mientras se escuchan en el interior la música y aclamaciones del público a la notable faena del diestro preferido por la bella cuan ingrata CARMEN la cigarrera.

Y puesto que tuvimos el acuerdo de decir cuatro palabras acerca de los grandes maestros compositores que se inspiraron en la ciudad de la Giralda para dar al aire sus magníficas concepciones, ingrato fuera todo sevillano que no rindiera un tributo de admiración y agradecimiento artístico al notable compositor navarro don Hilarión ESLAVA, maestro de capilla que fué de nuestra Catedral en el primer tercio del siglo XIX y, el cual nos ha legado esa joya musical que escribió para ser cantada en las noches del miércoles y jueves santos, el *Miserere*, que fué estrenado en las ceremonias religiosas de la Semana Santa del año 1835, y cuyos hermosos salmos cantaron en años sucesivos eminencias artísticas como Tamberlik, Gayarre Stango, Massini, Uetam y otras muchas notabilidades de la escena lírica.

Don Hilarión Eslava residió, durante su estancia en Sevilla, en el colegio de San Miguel, escuela de *Seises*, edificio situado en la calle Gran Capitán, en cuyo arco de entrada existe una lápida que dedicaron al célebre maestro sus muchos admiradores.

Además del *Miserere*, escribió Eslava otras obras líricas durante su estancia en Sevilla, algunas de las cuales fueron representadas con éxito en Teatro Principal, que ocupaba el área del edificio fronterizo a la casa de Correos, con puertas a las calles Sierpes y O'Donnell.

Otro maestro compositor que dejó recuerdos de

su estancia en Sevilla fué don Francisco Juarranz, que siendo músico mayor de la banda de Ingenieros, de guarnición en esta plaza, escribió el hermoso y típico pasacalle *La Giralda*, que fué tocado por vez primera un último día de nuestra feria de Abril, en el Prado de San Sebastián, con motivo de haberse organizado una retreta militar.

*
* *

Toda España tiene reconocido que Sevilla, durante los siglos XVI y XVII fué la verdadera Atenas española, porque las bellas Artes llegaron en esa época memorable a su mayor esplendor, debido al genio sin par de los artistas sevillanos; pero aún ofrece Sevilla otro motivo de atracción para los amantes del arte arquitectónico, porque en nuestra ciudad, quizás la única en España, se pueden estudiar todos los órdenes y estilos de la arquitectura.

No mencionando el romano antiguo y el árabe (de los cuales nos hemos ocupado), en la gran fábrica de nuestra Catedral se pueden estudiar: el griego en sus diferentes matices, o sea el dórico y el jónico, con toda su elegancia, y el corintio, que por sus proporciones y adornos ofrece la mayor riqueza artística; el romano moderno en sus órdenes toscano y compuesto; el gótico severo, el del renacimiento y el plateresco.

El estilo gótico puede estudiarse además en los templos de Santa Ana, San Martín y en la capilla del demolido Seminario, obra del siglo XVI. Ojival es la portada del convento de Santa Paula, obra magnífica formada de ladrillos cortados, cuyo arco está adornado con preciosos azulejos sevillanos.

El mudéjar puede admirarse en la torre de Don Fadrique; en una de las capillas de la iglesia de Santa Catalina, en la puerta principal de San Esteban,

que es un verdadero modelo en su género, y en la capilla mayor del hospital de San Lázaro, lo más floreciente que existe en Sevilla de este género de arquitectura.

Para estudiar el renacimiento arquitectónico en su estilo plateresco, debe admirarse esa magnífica obra del siglo XVI, el Ayuntamiento, album, digámoslo así, de verdadera magnificencia y riqueza artística.

En los demás edificios de nuestra ciudad impera más el arte griego que el romano. Dórico es el edificio de la hoy Universidad, que fué trazado por el célebre arquitecto Herrera para residencia y colegio de la compañía de Jesús; dórico y jónico en la bella portada del Hospital de la Sangre, o mejor de las Cinco Llagas; el toscano, jónico, dórico y corintio en la Casa Lonja (obra del siglo XVI), construída también por el renombrado Juan Herrera.

La Fábrica de Tabacos, dórica, y el Palacio Arzobispal, con su portada plateresca, no ofrecen nada notable a la vista del buen observador.

Otra de las notas artísticas que ofrece nuestra ciudad es el arte de la cerámica, que atañe por modo particular al populoso y característico barrio de Triana, cuyo arte constituye todavía una industria floreciente y de gran nombradia.

En la parroquia de Santa Ana, patrona de los trianeros, se admira el sepulcro de azulejos que hizo, según consta en la inscripción, Niculoso Francisco Italiano, en el año 1503. En el Salón de Embajadores y otros, del Alcázar, se conservan magníficos azulejos y labores cerámicas.

En la casa de Pilatos causan admiración los revestimientos de las galerías con preciosos alicatados de azulejos de relieve, y en Santa Paula existen los mejores alicatados de siglo XVI que conserva Sevilla. La colección más completa de azulejos ara-

bescos hechos en Triana en los siglos XVI y XVII, existen en la casa de los herederos de don Francisco Borja Palomo.

En la época de los Reyes Católicos, la fabricación de azulejos trianeros fué motivo de un comercio grandísimo, pues todas las naciones de la Europa occidental venían a surtirse de la industria cerámica de los alfareros de Triana.

# Sus hijos ilustres

Son tantas las cunas de hijos preclaros en la historia patria que se han mecido a orillas del "mar de los ríos y río de la gloria", como llamó al Guadalquivir un celebrado autor, que contando sólo con vuestra benévola atención, podré deciros algo, muy poco, de los datos que pude adquirir en mis cortas investigaciones, pues a todos les consta que no dispongo de tiempo suficiente para inquirir y comprobar lo que traza mi torpe pluma en horas robadas al descanso de la labor diaria.

Concediendo a la mujer el derecho innegable de ser la primera en todo asunto descriptivo, mis primeros apuntes los dedico a algunas damas sevillanas, célebres en nuestros anales.

Justa y Rufina, mártires cristianas, antiguas Patronas de la ciudad, que padecieron el martirio en el año 287 por no querer adorar a los ídolos paganos. En el ex convento de la Trinidad, que se dice construído sobre el área en que estuvieron las cárceles romanas, se conserva un calabozo en el cual, según tradición, sufrieron su condena las expresadas hermanas.

De las épocas romana, visigoda y árabe no hemos de repetir lo antes expuesto, y, para no cansaros mucho, pasaremos a la época posterior a la reconquista de nuestra ciudad por el rey Fernando III (el Santo).

Doña María de PADILLA, hermosísima hembra, que algunos historiadores la creen natural de León y otros nacida en nuestra ciudad, manceba y después mujer legítima de don Pedro I, cuyos derechos y los de sus hijos mantuvo con energía después de la traición del bastardo TRASTAMARA, abuela, con aquel rey, de Catalina de Lancáster, de la casa real inglesa, la cual fué después esposa de Enrique III de Castilla, lo que hizo la unión de la prole bastarda con la legítima de don Pedro I.

De la histórica Padilla refiere una tradición sevillana que, habitando en la hoy calle de San Luis, y al pasar por ella el rey don Pedro, una de las veces que entró por la antigua puerta de la Macarena, hubo de ver en un balcón a tan hermosa mujer y de aquí resultaron los célebres amoríos que la historia nos refiere. Doña María de Padilla murió en Sevilla en 1367 y se conservan sus restos en el panteón de la capilla Real de la Catedral.

Doña Leonor de Guzmán, manceba del rey Alfonso XI, nació en Sevilla, y fué madre de los bastardos don Enrique II y de los infantes don Fadrique y don Alonso Tello, señor de Vizcaya, que tanto se distinguió por sus campañas contra don Pedro I.

Sevillana fué la desgraciada cuan hermosa mujer DOÑA MARIA CORONEL, esposa de don Juan de la Cerda, muerto por orden del rey don Pedro por haberse rebelado a favor del de Trastamara, en el último tercio del siglo XIV. Joven y hermosa, fué vanamente requerida por el rey, quien se enamoró de ella locamente; pero antes de caer en los lazos que la tendía, defendió su honor y mató su hermo-

sura con un caldero de aceite hirviendo. Fundó el convento de Santa Inés, en la calle de su nombre, en cuyo retiro vivió los últimos años de su vida y aquí murió y se conservan sus restos.

Juan de Mena, poeta cordobés del siglo XV, escribió en sus *Trescientos* los siguientes versos dedicados a esta ilustre sevillana:

«La muy casta dueña, de manos crueles,
digna Coronela de los Coroneles,
que supo con fuego vencer sus fogueras...»

Esta inscripción, que fué grabada en el sepulcro de la esposa de Don Alonso Pérez de Guzmán, existente en el monasterio de San Isidro del Campo, fundación de los Guzmanes, es una lamentable equivocación histórica, pues la esposa del héroe de Tarifa poco atractivo podría ofrecer por su edad en la época del desbordamiento amoroso del rey D. Pedro I. Lo que hicieron fué confundirla con la esposa de don Juan de la Cerda, que llevaba el mismo apellido.

Otra de las víctimas del reinado del rey *Cruel* fué URRACA OSORIO, de la cual nos dicen fué quemada por orden del rey, por ser madre de Juan Alvar de Guzmán, que contra él se había rebelado. La muerte de esta desventurada dama sevillana ocurrió en el año 1367, al sitio N. de la Alameda de Hércules, lugar donde estuvo la iglesia de Belén. Fué enterrada en el monasterio de San Isidro del Campo, en Santiponce.

Murió con ella trágicamente la heróica LEONOR DÁVALOS, su criada, que se arrojó a la hoguera para tapar con su cuerpo la desnudez en que dejaban las llamas a su señora.

Pasados los años terribles de la Edad Media, y al iniciarse el renacimiento de las letras y las artes que tanto esplendor y nombradía habían de dar a Sevilla, la espléndida, rica y bondadosa dama CATALINA DE RIVERA dispone la fundación del magnífico hospital de las Cinco Llagas, cuyo edificio quedó sin terminar

hasta el año 1842, en que se continuó obra tan magnífica con un legado importante de D. Vicente de Torres y ANDUEZA, nombre que se da a la acera fronteriza al edificio.

En las letras tuvimos a Valentina Pinelo, religiosa del convento de San Leandro, que tantos elogios mereció del fénix de los ingenios Lope de Vega. Como obra importante de esta insigne poetisa anotaremos su libro *Las excelencias de Santa Ana*, publicado en Sevilla en 1601.

En la escultura hay que hacer especial mención de la célebre artista sevillana María Luisa Roldán, hija del notable escultor del mismo apellido y conocida vulgarmente con el nombre de la Roldana. Vivió en una de las calles de la feligresia de San Marcos, y murió en Madrid, en 1704, donde desempeñaba el cargo de escultora de cámara del rey Carlos II, habiendo dejado como testigos inmortales de su habilidad con el cincel multitud de obras notables.

Hacer ahora una narración exacta de los ilustres hijos de Sevilla que se distinguieron en las letras y las artes sería motivo para un campo más extenso que el que limita estos ligeros apuntes. Sin embargo, merecen anotarse los siguientes:

Alonso Sánchez GORDILLO, ABAD de la Universidad de Beneficiados Parroquiales, escritor de antigüedades de nuestra ciudad por los años de 1644, el cual vivió y murió en la calle de su nombre.

Baltasar de Alcázar, notable poeta festivo y epigramático de los siglos XVI y XVII, que hizo inmortal su célebre cuento *La Cena* cuyos son los versos:

«En Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa,
y diréte, Inés, la cosa
más brava de él que has oído...»

Nació en 1530 en la casa que fué de su familia en la calle de los ALCÁZARES, y murió 1606 y fué sepul-

tado en el convento de San Leandro. Sus poesías fueron impresas en 1856.

Gonzalo ARGOTE DE MOLINA, autor de varias obras muy eruditas y ultimadas sobre antigüedades sevillanas y genealogías. Vivió en el siglo XVI y falleció en 1598. Está sepultado en la iglesia de Santiago.

Juan de ARGUIJO, ilustre poeta, del que siempre se recuerdan los magníficos versos de su notable soneto al Guadalquivir, que dicen:

«Claro Guadalquivir: si impetuoso
con crespas ondas y mayor corriente
cubrieres nuestros campos mal seguros;
De la mejor ciudad, por quien famoso
alzas igual al mar la altiva frente,
respeta humilde los antiguos muros.»

Nació a mediados del siglo XVI en la casa de su familia, que existió en la calle de su nombre, y murió en los primeros años del siglo XVII.

Gloria de la poesía sevillana fué FERNANDO DE HERRERA (el Divino), el cantor de la hermosa dama sevillana doña Leonor de Milán, condesa de Gelves, con los nombres de Luz, Lumbre y Heliodora en inspirados versos amorosos, y de los cuales es buena prueba el terceto final de uno de sus magníficos sonetos:

«Es fuerza, Amor, el suspirar que hago,
y como el cisne muere en dulce canto,
así acabó la vida en el suspiro.»

Está reconocido como uno de los más ilustres poetas castellanos. Fué clérigo de órdenes y perteneció al clero de la parroquia de San Andrés; por eso ante la iglesia leemos su nombre.

Nació en 1534 y murió en 1597. Escribió las "Anotaciones a las obras de Garcilaso de la Vega", publicadas en Sevilla, 1580. Sus poesías se imprimieron en esta ciudad en 1619.

De sus obras poéticas recordamos un magnífico soneto a Marco Bruto, en el que dice:

«Tu virtud le guió, perdió el destino;
pero pudo tu esfuerzo soberano
mostrar, que fuiste capitán romano
y sólo sucesor de Bruto dino.»

Y la magnífica oda a *La victoria de Lepanto*, modelo de inspiración por la valentía de sus versos, entre los cuales leemos:

«Llorad, naves del mar, que es destruída
vuestra vana soberbia y pensamiento:
¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna,
tú, que sigues la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?

Juan de JÁUREGUI, poeta y pintor sevillano de los siglos XVI y XVII, al cual se atribuye el verdadero retrato del autor de *Don Quijote*. Fué caballero de la Orden de Calatrava y caballerizo de la reina doña Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV. Nació en 1570 y murió en 1650. Escribió las "*Excelencias de la Pintura*" y sus obras poéticas se publicaron en Sevilla, el año 1618.

De su oda "*A la muerte de la reina doña Margarita*", copiamos los primeros versos:

«Ya que en silencio mi dolor no iguale,
ni mis ocultas lágrimas y llanto
al superior afecto que las vierte,
justo será que mi funesto canto
las acompañe, y que del alma exhale
nuevos clamores de tristeza y muerte.»

JUAN DE LA CUEVA, el más famoso de los poetas dramáticos anteriores a Lope de Vega en el siglo XVI, y LOPE DE RUEDA, celebrado actor y poeta dramático, fundadores ambos de la comedia española. Créese que nació en la calle BATEHOJAS (hoy CABO NOVAL), donde habitaba su padre, quien fué, como él, batidor de oro. Las obras de estos ilustres sevillanos, así

como las de Juan de MAL-HARA, se representaron en el teatro que existió en el llamado Corral de DOÑA ELVIRA, que ocupaba el área de la iglesia y hospital de los Venerables, edificio construido a fines del siglo XVII para acoger la fundación de JUSTINO DE NEVE, canónigo de nuestra Catedral, como asilo de los sacerdotes pobres que llegaban a la ancianidad. La iglesia de los Venerables fué la primera que rindió culto al rey Fernando III, el Santo.

La crítica literaria se ocupó en más de una ocasión de nuestro ilustre paisano Juan de la Cueva sobre la más o menos partida que pudo caberle en la fundación de nuestro gran Teatro, pero nadie que conozca el desarrollo del arte dramático en aquel siglo del resurgimiento de todas las artes, podrá negar que las obras que se representaban por Lope de Rueda en el corral de Doña Elvira fueron la base en que se cimentó la escena española, perfeccionada después por esos grandes genios que se llamaron Lope de Vega, Tirso, Calderón y Moreto.

En la novela picaresca, digno de mención es el escritor sevillano Mateo Alemán, que nació a mediados del siglo XVI, famoso autor de la vida de "El Pícaro Guzmán de Alfarache", reconocida como una de las obras maestras de la literatura española por su carácter particular. Créese que murió en Méjico por los años de 1610 a 1620, porque en dicha capital de América publicó, en 1609, su curioso libro "Ortografía Castellana", en la que trató de introducir algunas reformas que fueron reprobadas.

Y ahora nos toca decir algo de nuestro gran cronista, ORTIZ DE ZÚÑIGA, diligente historiador del siglo XVII, y quizás el que más nos ha proporcionado los conocimientos necesarios para completar la historia de esta gran urbe con sus "Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla".

Nació, sin que podamos precisar la fecha, en una casa de la hoy calle Cervantes; falleció en 1680 y está sepultado en la iglesia de San Martín.

Otro de los hijos ilustres de Sevilla fué Francisco de Rioja, celebrado poeta del siglo XVII, a quien creímos autor, desde tiempo inmemorial, de la célebre canción "A las ruinas de Itálica", cuya paternidad se dona hoy al escritor utrerano Rodrigo Caro; mas no por eso disminuyó la fama literaria de nuestro ilustre poeta, pues basta leer cualquiera de las composiciones poéticas que de él se conservan, para reconocer su preclaro talento.

Así empieza su famosa silva "A la rosa":

«Pura encendida rosa,
émula de la llama,
que sale con el día:
¿cómo naces tan llena de alegría
si sabes que la edad, que te da el cielo,
es apenas un breve y veloz vuelo?»

Nuestro célebre poeta nació a fines del siglo XVI y murió en 1659.

Don Félix José Reinoso, notable estadista, literato y poeta, nació en 1793. Siendo cura de la parroquia de Santa Cruz, vivió en la plaza de Alfaro de ese típico barrio. Es autor del hermoso poema épico, en dos cantos, "La inocencia perdida", impreso en Sevilla en 1804, y de sus selectas poesías recordamos la oda a Albino "Firmeza de la virtud", de la cual entresacamos los siguientes versos:

«Nace aspirando céfiros y amores
la alegre primavera;
torna al mundo la vida, y la pradera
entapiza de flores;
Mas ¡ay! ya asalta la frondosa vega
el estío sediento,
y aja su pompa y al sañudo viento
en aristas la entrega.»

Antes de ocuparnos de otros hijos ilustres de

Sevilla, merece que digamos algo del inspirado vate, sabio humanista, crítico eminente y gran matemático, honor de la literatura sevillana, don Alberto LISTA y Aragón.

No crean los que benévolamente están escuchando el relato insustancial de cosas copiadas que, al adjetivar a este insigne literato, lo hago porque fué bautizado en la misma pila parroquial del que esto escribe, pues don Alberto Lista nació en el populoso bartio de Triana, el 15 de Octubre de 1775, y recibió las aguas del bautismo en la parroquia de Santa Ana. Fué tejedor de seda y con el trabajo pudo costearse la carrera eclesiástica.

Copiar en esta charla trozos de sus magníficas composiciones poéticas haría demasiado extensos los límites de estas ligeras notas; pero basta que copiemos unos versos de su magnífica oda religiosa "A la muerte de Jesús" para comprender cuánta era la inspiración de este celebrado vate:

«Cesad, cesad, crueles;
al Santo perdonad, muera el malvado:
si sois de un justo Dios ministros fieles,
caiga la dura pena en el culpado.
Si la impiedad os guía
y en la sangre os cebáis, verted la mía.»

y los versos finales:

«*Muere*... Gemid, humanos:
todos en él pusísteis vuestras manos.»

Este ilustre hijo de Triana murió en la calle Cervantes de nuestra ciudad, siendo canónigo de la Santa Iglesia, en el año 1848, y sus restos descansan en el templo de la Universidad hispalense.

Ahora recuerdo cierta conversación habida entre este célebre maestro en las ciencias y las letras y su entrañable discípulo don Francisco RODRÍGUEZ ZAPATA y Alvarez, fallecido por los años 1890, en una casa de la calle de su nombre, siendo capellán de la

Real de San Fernando y catedrático de retórica y poética en el Instituto de Sevilla, desde el año 1847; conversación que tuve el gusto de oir de labios de este sacerdote y poeta, maestro de una generación de jóvenes estudiosos, y refería que, en uno de sus acostumbrados paseos por las orillas del Guadalquivir, al interrogar a don Alberto del por qué, siendo tan buen poeta era al par un gran matemático, le contestó con la ingenuidad que le caracterizaba "que no hay dos cosas más afines que la poesía y las matemáticas; la métrica del verso ha de ser tan exacta en sus medidas y en sus tiempos como la de los movimientos de rotación y traslación de los astros, y ¿dónde encontrar mayor inspiración para el poeta que en el orden exacto del Universo con sus admirables crepúsculos y demás componentes que forman una matemática exacta e inalterable como la suma de los números?"

Antes de terminar estos ligeros apuntes sobre los ingenios sevillanos que florecieron en la edad de oro de nuestra literatura, y dejando para otro lugar los que florecieron en la época contemporánea, seríamos injustos al no recordar a Gutierre de CETINA, celebrado poeta sevillano del siglo XVI, colaborador con Boscán y Garcilaso de la Vega en la restauración de la poesía castellana. A Diego Girón, discípulo de Juan de Mal-hara, y maestro de muchos de los ingenios que florecieron en aquella época de esplendor para las letras sevillanas, el cual vivió en la que hoy denominamos Plaza de Europa y está sepultado en la parroquia de San Martín. A MIGUEL DEL CID, el poeta popular, célebre por sus coplas a la Purísima Concepción, que todavía se recuerdan por su estribillo "Todo el mundo en general..." y que fueron publicadas, con sus otras poesías, en 1647. Al P. Alonso MORGADO, considerado como el primer historiador, hasta su tiempo, de la ciudad de Sevilla y de cuya

obra se hizo, por los años de 1887, una nueva edición costeada por la Sociedad de bibliófilos. Este notable sevillano perteneció al clero de la parroquia de Santa Ana, donde está sepultado, y se cree que nació en ese tradicional barrio, cuna de eminentes varones en las letras y las artes.

También hay que mencionar a Juan de SALINAS, notable poeta, que fué administrador durante muchos años del Hospital de San Cosme y San Damián, en la calle Santiago, cuyo edificio ocupa una de las dependencias del Asilo de San Fernando, y en este local murió en 1643, y al P. Fernando de Valderrama, escritor notable que lo hizo bajo el pseudónimo de Fermín Arana de VARFLORA. A Francisco de MEDINA, sabio humanista sevillano, cuyos restos descansan en la iglesia de San Lorenzo.

Notable poeta fué también don Diego XIMÉNEZ DE ENCISO, que fué bautizado en la antigua parroquia de Santa Cruz, demolida en 1810, y vivió en la calle que lleva su nombre.

A don Justino MATUTE y Gaviria debemos los trianeros, porque este charlatán lo es, un tributo de admiración más digno que el rotular una calle que no estaba urbanizada cuando figuró en la nomenclatura del tradicional y típico barrio, pues comprende su trayecto desde el final de la antigua calle Ancha de San Jacinto a la de San Juan, hoy *Evangelista*, que era uno de los lugares más apartados y solitarios de la urbe trianera. Matute fué un erudito historiador de Sevilla y de sus hijos ilustres, y escribió el curioso libro "Aparato para escribir la historia de Triana".

Por igual concepto no debemos olvidar a don Félix GONZÁLEZ DE LEÓN, entusiasta de las artes y tradiciones sevillanas y autor de un curioso libro relatando el origen de los nombres de las calles de esta ciudad y los hechos más curiosos en ellas acaecidos; y al docto sacerdote, gran entusiasta de la literatura

sevillana, don Luis GERMÁN, fundador, en 1751, de la Academia de Buenas Letras, y erudito continuador de los "Anales" de Ortiz de Zúñiga, que nació en Sevilla y murió siendo capellán de la Real de San Fernando.

Son muchos más los hijos ilustres de esta ciudad, notables en las letras, que debiéramos mencionar en estos apuntes; pero eso cansaría demasiado la atención de este modesto cuan respetable auditorio. Sin embargo, hay que decir dos palabras, cuando menos, de los predilectos hijos de Sevilla Manuel FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ y Gustavo Adolfo Domínguez BÉCQUER.

El gran novelista francés Alejandro Dumas (padre) llamó a nuestro paisano "el monstruo de las novelas"; tal era la fecundidad de ingenio del notable autor de "El Cocinero de su Majestad", Fernández y González; pues de él se cuenta que, ya ciego y achacoso, dictaba dos argumentos a la par a distintos amanuenses para diferentes novelas.

Cuéntase una anécdota de este autor que, al ser recriminado por uno de sus críticos de que su literatura especial, en lo referente a las novelas de bandidos, había enseñado a robar por los caminos, contestó que también había aficionado a la lectura a la mitad de los españoles, que hicieron esfuerzos por aprender a leer con el único afán de recrearse con sus novelas de bandoleros, cuando el que así le recriminaba no había podido enseñar a nadie.

Don Manuel Fernández y González fué también un brillantísimo poeta, quizás mejor que novelista si a la rima se hubiese dedicado, como lo demuestra su excelente composición poética dedicada a la reina Doña Isabel II, que siento no haber tenido a mano para copiar algunos de sus magníficos versos.

Nació en Sevilla en el primer tercio del siglo XIX, en la calle que lleva su nombre (antes Vizcaínos) y

fué bautizado en la parroquia del Sagrario; falleció en Madrid en 1888.

Y llegamos a nuestro gran poeta Gustavo Adolfo Domínguez Bécquer, uno de los más ilustres vates del romanticismo, el "Doncel de la poesía castellana", como le ha denominado uno de los críticos más eminentes. Aunque de alma delicada, en sus "Rimas", que le hicieron inmortal, se nota un corazón que siente los impulsos de un espíritu humilde y de rebeldía al mismo tiempo. Canta a las golondrinas y a las violetas azules con toda la nobleza de un alma espiritual. Nos muestra el amor que pasa "con batir de alas y rumor de besos" y se rebela después diciendo con enérgico impulso: "¡por aquí ni Dios pasa!", para luégo volver otra vez a los lamentos de su débil corazón que, al ver alejarse al sepulturero después de su macabra tarea, exclama:

«¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!»

Fué, además de gran poeta, notable literato, como demostró en sus novelas "La ajorca de oro", "El Cristo de la Calavera", "Maese Pérez, el Organista", "El Monte de las Animas", "La Cruz del Diablo", y "El Miserere". Los "Cuentos de mi Celda" son verdaderos modelos de pequeñas novelas. Dice Cristóbal de Castro, en un pequeño prólogo a una de sus novelas recién publicadas, que "en su prosa, como en sus versos, guarda la misma sangre viva y genial de sus inmortales antepasados, de Byron, de Espronceda y de Enrique Heine".

Domínguez Bécquer, como recuerda una lápida existente en una casa de la calle Conde de Barajas y que fué colocada el día 11 de Enero de 1887, nació el 17 de Febrero de 1836. Huérfano a los pocos años, marchó a Madrid, donde pasó muchas adversidades, y allí murió, cuando preparaba sus obras para verlas impresas, el 22 de Diciembre de 1870. Trasladados

sus restos a la ciudad que le vió nacer, descansan en la iglesia de la Universidad, en el mausoleo construído en 1914 por acuerdo de la Academia Sevillana de Buenas Letras.



Señores, que me honrásteis con vuestra asistencia a este humilde acto; compañeros en el trabajo, discípulos de la escuela: Es tanto lo que hay que escribir acerca de la hermosa ciudad de Sevilla, gloria de España por la grandeza de las artes y la nobleza de sus hijos, que le es imposible al viejo tipógrafo relatarlo en una sola de sus charlas. Si le perdonáis los errores que involuntariamente pudo cometer, promete y cumplirá, como buen sevillano, terminar en otra ocasión el relato de las grandezas que los hijos ilustres de Sevilla aquí acumularon para admiración de las generaciones venideras, y, como trianero, suplica a todos que no le juguéis una *mala partida*, porque más no dice, porque más no sabe.



# Segunda Conferencia

Si al ocuparme en mi charla anterior de algo sobre Sevilla la artística y de algunos de sus hijos ilustres, no lo hice con la brillantez que es menester cuando se trata de nuestra amantísima ciudad, fué porque nunca podrá deciros bastante quien no posee intelectualidad, datos precisos ni tiempo para adquirirlos, que es lo que ocurre a este humilde obrero de la tipografía sevillana.

Pudo leerles un poco sobre las eminencias literarias que honraron la cultura sevillana en los pasados tiempos; pero ahora le es más difícil continuar el compromiso voluntariamente contraído, porque se trata de las Bellas Artes, de las cuales es completamente profano este charlatán, que siempre fué torpe con el lápiz para trazar la más sencilla figura.

Sin embargo, desde muy joven fué admirador de las bellezas artísticas, y conserva en la memoria algunos datos leídos y otros que pudo adquirir en ajenas fuentes, para poder continuar la ligera narración interrumpida en la anterior conferencia.

# Nuestros pintores

La Escuela Sevillana, madre de tantos ilustres artistas que son orgullo de la ciudad del Betis, nada tiene que envidiar a la granadina, representada por Alonso Cano, a la castellana, cuna de célebres pintores, ni a la italiana y flamenca, porque la nuestra cuenta con nombres tan esclarecidos como Murillo, Velázquez, Roelas, Pacheco, Herrera, Vargas, Valdés, Villegas Marmolejo, Arfián, Antolínez y otros muchos que en ella encontraron la fuente de inspiración.

Si os hablara de la Escuela Sevillana un entendido crítico de Artes, que en nuestra ciudad los hay, con qué acierto nos haría un juicio exacto de las obras de los pintores sevillanos y nos daría ocasión a comprender el mérito que encierran esos hermosos cuadros que son la admiración de cuantos los contemplan. Mi misión queda reducida a dar a conocer, aunque en mínimos detalles, algunos apuntes biográficos de los hijos de Sevilla que la enaltecieron con sus magníficas producciones.

Empezaremos por Juan SÁNCHEZ DE CASTRO, pintor del siglo XV y que está considerado como el patriarca de la Escuela Sevillana. Debió nacer al finalizar el siglo XIV, pues el San Cristóbal colosal existente en la iglesia de San Julián fué pintado en 1424. A este autor atribuyen algunos el otro, de figura gigantesca, de la parroquia de Santa Ana. Créese que murió en la calle ENLADRILLADA, donde existe una barreduela que ostenta su nombre, y está sepultado en San Román.

Las pinturas más antiguas que se conservan en Sevilla de este pintor son las tablas del altar mayor de la capilla del Cristo de Maracaibo, en la Catedral.

José ANTOLÍNEZ, pintor sevillano de gran mérito, nació en 1639 y de joven marchó a Madrid, donde estudió con el maestro Francisco Rizi, aventajando a muchos pintores de la escuela naturalista por su vigoroso colorido. Era de carácter pendenciero y murió de fibres malignas, en 1676, cuando sólo contaba treinta y siete años de edad. Su magnífico cuadro "El éxtasis de la Magdalena", que se conserva en el Museo del Prado en Madrid, está considerado por los inteligentes como la obra maestra de este ilustre hijo de Sevilla.

Antonio de ARFIÁN nació en Sevilla y aquí vivió por los años 1550. Fué discípulo de Luis de Vargas y se le atribuyen como especialidades la pintura al temple para decorar habitaciones y la policromía de las estatuas de madera.

Al hablar de este pintor, quisiera tener algo de la intuición maravillosa del escritor francés Julio Verne quien, desde su gabinete de estudio, describía las apartadas regiones de la tierra, marcando hasta las sendas y caminos sin haberlos atravesado jamás.

El caso es que no puedo deciros, con relación a sus cuadros, en dónde están y cuáles son. Uno de sus biógrafos dice que es autor de las pinturas del retablo de la Catedral; otro que pintó el retablo de la capilla del Sagrario, y que entre sus cuadros al óleo sobresale una "Historia de San Jorge", que pintó para la parroquia de la Magdalena.

Según mis pocos alcances en estos estudios de las Artes, en el retablo de la Catedral no existe ninguna pintura de Arfián, ni tampoco en la capilla del Sagrario y hasta desconozco la "Historia de San Jorge" de la parroquia de la Magdalena, porque, al existir en

Sevilla estos cuadros, lógico es que lo supieran los sevillanos, pues al tratarse de San Jorge debían estar en la Caridad, que lo tiene por advocación, o en la iglesia de Santa Ana, a la cual se agregó la capilla de San Jorge, que existió en lo que hoy es plaza de abastos del barrio de Triana y antes estuvo el castillo del tribunal de la Inquisición.

Si al nombrar la parroquia de la Magdalena hicieron relación al templo que ocupaba el área de la hoy Plaza del Pacífico, iglesia que fué demolida, ¿a dónde fueron a parar los cuadros de Arfián?

Francisco Pacheco, pintor, poeta y escritor, que vivió en los siglos xvi y xvii, fué el fundador de la Escuela Sevillana de pintura y maestro del gran pintor de la naturaleza Diego Velázquez de Silva. Es autor del "Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones", que trazó su habilísimo pincel y docta pluma, y del "Arte de la Pintura, su antigüedad y grandeza", impreso en Sevilla en 1649.

En nuestro Museo, que es uno de los más ricos de España, existen varios cuadros del gran maestro sevillano, entre ellos el famoso de San Pedro Nolasco. En la Catedral se conservan: en el trascoro un cuadro pintado en cobre y otro del mismo estilo en la Sala Capitular del templo; en la iglesia de San Lorenzo una Concepción; en la de la Universidad una Anunciación y otros varios lienzos de reconocido mérito; un retablo con ocho pinturas en el convento de Santa Clara y algunos otros, todos dignos de mención.

Luis de Vargas es otro de los ilustres pintores sevillanos que florecieron en el siglo XVI. Pasó muchos años en Roma y, de regreso en Sevilla, la enriqueció con notabilísimas pinturas al fresco y al óleo; considerándose como los más preciados que se conservan en su ciudad natal: una tabla de la Piedad, existente en Santa María la Blanca; cuadro del Nacimiento,

en la Catedral, obra de extraordinario mérito, y el cuadro llamado de la Gamba, lienzo admirable que representa la Generación temporal de Jesucristo.

Suyos son también los frescos que existen, aunque bastante deteriorados, en el lado Norte de la torre la Giralda.

En vida del culto abogado don Miguel Corona, tuve ocasión de admirar las cinco magníficas tablas que conservaba de este afamado pintor y que representaban asuntos de la vida y muerte de Jesús.

No menos notable fué Juan de las Roelas, sevillano del siglo XVI; fué maestro de Zurbarán y se considera como uno de los pintores más afamados de su tiempo. Perteneció al Cabildo de la Iglesia Catedral.

Como muestra de sus magníficas creaciones conserva Sevilla entre otros cuadros los siguientes: en el Museo, "El Martirio de San Andrés"; en la iglesia de Sán Pedro, el famoso lienzo de "San Pedro Advíncula"; en la Catedral, un Santiago en la capilla de este santo y una Virgen en la capilla de la Piedad. El San Isidoro del altar mayor de la iglesia de este nombre se considera como el mejor cuadro del canónigo Roelas.

Pedro de Villegas Marmolejo no ha merecido que su ciudad natal perpetúe su nombre en una de sus calles, a cambio de las notables pinturas con que la adornó su hábil pincel. De él se conservan algunas tablas en la iglesia de San Andrés, y en la de San Lorenzo, donde está sepultado, se admiran el cuadro de la Anunciación y el pintado en piedra que representa la Sagrada Familia. Floreció en el siglo XVI, tan notable para los sevillanos, porque fué el emporio, el cénit de nuestra grandeza artística.

Bartolomé Esteban Murillo, es el único pintor que pudo copiar con los tintes de su maravillosa paleta, el cielo más azul y más diáfano de todo el Universo, por eso le apellidan con razón "el pintor

de la gloria", que gloria es el cielo con que pródiga nos brindó Naturaleza. Por eso, sus Concepciones parecen pedazos arrancados del sol de Sevilla y transplantados por modo mágico al lienzo, que humilde se somete ante la grandeza del pincel del excelso artista.

Este ilustre sevillano, honra inmortal del suelo que le vió nacer, nació el año 1618 en una casa de la calle de San Pablo, aunque algunos quieran atribuirle tan hermosa paternidad a la próxima villa de Pilas, de esta provincia.

Famosísimo pintor, sus cuadros son maravilla del Arte, y como son tantas las obras maestras que salieron de sus manos, hacemos relación de las más notables.

En la capilla del Baptisterio de la Catedral se admira el famosísimo cuadro del San Antonio, pintado en 1656, de tan admirable belleza, que la crítica universal lo considera como el lienzo más famoso entre tantos como produjo su habilísimo pincel. Para demostración de la valía de este cuadro, tan codiciado por todos los Museos del mundo, hay que recordar el sacrilegio artístico cometido en la noche del 5 de Noviembre de 1874, cortando la figura del Santo y arrebatándola del templo, que fué devuelta desde Nueva York, gracias a la honradez de un notable artista americano.

En nuestro rico Museo se conservan varios lienzos valiosos, entre ellos una Concepción de gran mérito; pero este modesto obrero tuvo una ocasión, para él inesperada, de visitar el gran Museo del Louvre, en París, donde pudo admirar su famosísimo cuadro "la Asunción", así llamado por los franceses, porque representa el tránsito milagroso de la Virgen conducida por los ángeles, y que está clasificado como una de las mejores obras maestras del excelso pintor del cielo.

En el hospital de la Caridad, benéfica fundación del sevillano MAÑARA, y a la cual perteneció nuestro pintor, se admiran sus magníficos cuadros de "Las Aguas de Moisés" y "Reparto de pan y peces", que fueron pintados por encargo de la Hermandad; en cuyo edificio debía estar para admiración de los sevillanos ese célebre lienzo, de curiosa odisea, que, siendo de la propia pertenencia de esta institución, fué arrebatado en la época de la invasión francesa y representa a "Santa Isabel curando a los leprosos", el cual fué reclamado por la Caridad hace pocos años, y, al ser devuelto por el gobierno francés, llega a Madrid y allí lo detienen indebidamente para enriquecer el Museo del Prado, donde tuve ocasión de admirar toda la belleza de esa joya de la pintura sevillana.

Murillo fué el fundador de la primera Academia de Bellas Artes; contáronse pocas las veces que abandonó a su ciudad natal; pero hallándose trabajando en un retablo de la Catedral de Cádiz, sufrió una caída, de cuyas resultas murió en una casa frente al convento de SANTA TERESA, en la calle que en nuestra ciudad lleva este nombre, el día 3 de Abril de 1682, según afirma el erudito González de León, y fué sepultado en la antigua y entonces próxima parroquia de SANTA CRUZ, que ocupaba el área de la plaza de este nombre y fué derribada en 1810, en la cual se colocó el año 1859 una lápida recordando que en aquel lugar reposan las cenizas del maravilloso pintor sevillano.

El 1.° de Enero de 1864 se inauguró la estatua que está frente al Museo de Pinturas, obra del escultor Medina, cuyo monumento fué costeado por suscripción nacional.

Otra gran figura de la pintura española en el siglo XVII, fué Diego VELÁZQUEZ de Silva, famosísimo artista, que está considerado como el pintor más

grande y más original de cuantos produjo la famosa escuela sevlllana, en la que fué su maestro el notabilísimo Francisco Pacheco.

Nació el año 1599, en una de las casas de la calle GORGOJA y fué bautizado el día 10 de Junio en la parroquia de San Pedro.

Marchó a Madrid en todo el apogeo de su vida y cuando su famosísimo pincel estaba concibiendo las creaciones magníficas que hoy son encanto de los amantes de las Artes. Nombrado pintor de cámara del rey Felipe IV, para la familia real hizo esa magnífica colección de retratos en que parece que las figuras han sido arrancadas del propio natural y colocadas en el lienzo; tal es la verdad que en ellos está representada.

Este humilde charlatán—que se ha empeñado en que los aprendices de nuestra Escuela conozcan algo, aunque imperfecto, de las grandezas sevillanas—lamenta que el Museo de la patria del famosísimo pintor no posea ni una sola obra de este artista; y así como en el Museo del Prado de Madrid se retienen indebidamente cuadros que son propiedad de la ciudad de Sevilla, ¿por qué, en cambio, no se nos halaga enviándonos un solo cuadro de Velázquez para que se evite el caso vergonzoso de que, al visitar los extranjeros y hasta los nacionales nuestras bellezas artísticas, no podamos indicarle ni un solo ejemplar del gran maestro sevillano.

Mi escasa personalidad tuvo la ocasión de visitar el Museo de Madrid, y en la sala del gran Velázquez se quedó extasiado ante esos lienzos impregnados de verdad que se denominan "La Rendición de Breda" (vulgo "de las Lanzas"), "Las Fraguas de Vulcano", 'Los Borrachos" y "Las Meninas", entre otros varios, todos de relevante mérito.

Para demostrar el vigor de este célebre ingenio de la pintura, recuerdo haber leído que en uno de los

Museos de Italia existe un retrato de Inocencio X, obra de Velázquez, en cuyo lienzo el fondo es rojo, rojo el ropaje del papa, rojos. los muebles de la habitación y, sin embargo, están tan distanciados los matices del cuadro, que no se nota en él la menor confusión de los objetos. ¡Tan grande era el poderío de su habilísimo pincel!

Velázquez falleció en 1660, y Sevilla le levantó una estatua en la plaza del Duque de la Victoria, que fué inaugurada el día 9 de Octubre de 1892. Es obra del malogrado escultor sevillano don Antonio Susillo, y en el pedestal se lee la inscripción "Al pintor de la verdad, su Patria".

Juan de VALDÉS LEAL no nació en Sevilla, sino en Córdoba, y floreció en el siglo XVII, emporio de nuestra pintura; pero aquí estudió su maravilloso arte, viviendo en la parroquia de San Martín, y fué padre de Lucas y María Valdés, ilustres pintores sevillanos. Del primero nos ocuparemos en lugarapar-te, y de su hija María, religiosa que fué del monasterio de San Clemente, diremos que fué notable como miniaturista y retratista.

Nuestra ciudad le considera como hijo adoptivo porque en ella dejó magníficas creaciones arrancadas a la paleta, entre ellas el cuadro de "San Fernando" que se ostenta en el altar mayor de la iglesia de los Venerables; en la Catedral, el lienzo del "San Ildefonso" y el de "los Desposorios", y en Monte Sión, varios, sobresaliendo un Calvario y una Concepción.

Pero donde demostró toda su habilidad, toda la belleza que el Arte puede demostrar hasta en los asuntos más repugnantes de la vida real, fué en los dos magníficos lienzos "de las Postrimerías", que sirven de admiración a cuantos visitan el edificio del Hospital de la Caridad, porque no se concibe que la estética pueda admitirse y hasta reconocerse en unos cuadros que la vista los repugna, pero, en cambio, el

corazón late si los contemplamos, porque demuestran todo lo efímero de las grandezas humanas y en lo que viene a convertirse la infundada vanidad: en podredumbre y en nido de gusanos. Este fué el mérito principal de su habilísimo pincel. (1)

Hijo del anterior fué el sevillano Lucas Valdés, pintor y grabador, cuyo nombre no se recuerda en ninguna de las calles de Sevilla. Fué un habilísimo pintor al fresco, como lo demuestran las paredes y bóvedas de la iglesia de los Venerables; y la media naranja, cornisas y pilares de la iglesia del exconvento de San Pablo, que fué de religiosos dominicos, hoy parroquia de la Magdalena, que pintó en unión de Clemente de Torres. Están considerados como obras maestras de este artista del pincel los dos frescos que existen en esta iglesia representando uno la entrada de San Fernando cuando la reconquista de la ciudad, y el otro, bastante deteriorado, un auto de fe, y que fué hecho por encargo del tribunal de la Inquisición, que residía en este exconvento, cuyo edificio, dice la tradición, se comunicaba subterráneamente con el castillo de Triana donde estaban las cárceles del Santo Oficio y hoy sirve de plaza de abastos á los trianeros.

Son tantos los hijos ilustres de Sevilla que en los siglos XVI y XVII florecieron en el maravilloso arte de la pintura que, el relatarlos todos, tiene por necesidad ineludible que resultar cansado para el que lee, y molesto, por lo tanto, para un auditorio, aunque éste sea tan benévolo como el congregado para escuchar esta segunda parte (que nunca fueron buenas) de lo que me atrevo a clasificar como romance de ciego.

Que el complaciente auditorio me perdone, tan sólo por la intención única de educar a los pequeños

(1) Posteriormente, el pintor cordobés Romero de Torres, ha encontrado la partida de bautismo de Valdés Leal en la iglesia de San Esteban de nuestra ciudad; siendo, por lo tanto, sevillano.

en la historia de su patria chica y en las grandezas que atesora, bajo un sol esplendoroso, la ciudad recién denominada "de la gracia".

Con esta pequeña aclaración, voy a continuar, aunque resumiendo, la lista de célebres pintores sevillanos.

Francisco de HERRERA, EL VIEJO, porque también hubimos el Mozo, fué uno de los fundadores de la notable y famosa Escuela Sevillana. Nació en Sevilla en el siglo XVI y vivió parte del XVII. Como muestra de su talento artístico mencionaremos el cuadro del "Juicio final", de la parroquia de San Bernardo, y el magnífico lienzo que se conserva en nuestro Museo, "Apoteosis de San Hermenegildo", que pintó para el colegio de este nombre, que fué el edificio, hoy cuartel de infantería, entre las calles ESTUDIANTES antigua, hoy TENIENTE BORGES y la de CORTES, así denominada porque aquí celebraron sus sesiones con motivo de la invasión francesa de 1823; la de los "cien mil hijos de San Luis", capitaneados por el duque de Angulema.

Ingratos fuéramos no mencionando a Alejo Fernández, que estofó las estatuas del altar mayor de la Catedral, debidas al cincel de Jorge Fernández Alemán, que es una de las obras maestras que enriquecen el templo. En la sacristía, situada a espaldas de este altar, se conservan tres lienzos de este artista sevillano: la Concepción, la Natividad y la Purificación, y en la sacristía mayor del templo una magnífica tabla que representa la Adoración de los Reyes.

Alejo Fernández está comprobado que vivió en Sevilla desde 1508 a 1525, y en esa época pintó la Virgen de la Rosa, que se admira a espaldas del coro de la iglesia de Santa Ana, y en la de San Julián ocho tablas con pasajes de la vida de la Virgen.

Juan Simón Gutiérrez, pintor sevillano, que nació en el siglo XVII y alcanzó algunos años del XVIII, fué discípulo de Murillo y muchas de sus obras se

han confundido con las de su inmortal maestro. Nos ha legado para recuerdo de su nombre, cuadros en San Isidoro, y en la iglesia de la O, del barrio de Triana, una Sagrada Familia de reconocido mérito. Igual ha ocurrido, con respecto a su maestro, a Juan Pareja (el MULATO), discípulo también del pintor del cielo, al cual alababa Murillo siempre que de aquél se ocupaba, por su rara habilidad con el pincel. De él se conservan algunos cuadros en la Iglesia de San Isidoro.

Pintores sevillanos del siglo XVII fueron los caballeros Mateo Núñez de Sepúlveda y Pedro Núñez de Villavicencio; éste está reconocido como artista de mérito y se conservan algunos de sus cuadros en colecciones particulares.

De Juan y Agustín del Castillo se guardan en nuestro Museo varios lienzos de mérito y otros en galerías de aficionados a las bellas artes; y de Francisco Varela, también sevillano, se conservan cuadros en San Julián, San Vicente y en la capilla de Monte-Sión, donde se admira el magnífico lienzo de "Santiago en la fabulosa batalla de Clavijo" y que está clasificado como el mejor entre los suyos.

Antes de dar fin a los ligeros apuntes trazados sobre los grandes artistas en la pintura que embellecieron a Sevilla en los siglos XVI y XVII, merecedor es de que mi torpe pluma le dedique siquiera unos renglones a la memoria de Francisco ZURBARÁN, que aunque no es sevillano, ni siquiera andaluz, pues nació en Fuente de Cantos (Badajoz), aquí le consideramos como hijo adoptivo, porque fué uno de los más famosos de la Escuela Sevillana y conservamos de él magníficos cuadros que atestiguan su reconocida celebridad. Veamos los más principales:

En la sacristía mayor de la Catedral se conservan varios, entre ellos un San Juan, y en la capilla de

San Pedro del mismo templo, nueve excelentes lienzos; un Santo Domingo en la Universidad, y ocho Santos de cuerpo entero con magníficos ropajes en la iglesia del hospital de la Sangre.

Pero su mejor cuadro, al decir de los inteligentes, es el magnífico que representa la "Apoteosis de Santo Tomás de Aquino", que se admira en nuestro Museo. Fué pintado por Zurbarán para el colegio de SANTO TOMÁS, edificio situado en la plaza de este nombre, que después fué fábrica de fusiles y hoy lo ocupan las oficinas del Gobierno militar.

# Nuestros escultores

Al empezar a manifestaros lo poco que sé y menos entiendo del arte admirable de Praxiteles y Miguel Angel, la escultura, me permitiré una pequeña objeción a los críticos que, al hablar o escribir de estética en las obras del cincel, juzgan desfavorablemente las obras maestras de los ingenios sevillanos que florecieron en tan difícil arte en los siglos XVI y XVII, porque a sus esculturas adosaban una capa cromática que decían policroma y en cuyo trabajo fué habilísimo nuestro pintor Antonio de Arfián; teniendo por objeto dar a las imágenes una aproximación de los colores naturales del cuerpo humano.

El que es, cual yo, completamente analfabeto en asuntos artísticos, no podrá deciros si la imagen pierde en belleza con el baño de pinturas; pero sí se atreve a manifestar que, teniendo en cuenta que esas estatuas no se cincelaron para adornar palacios ni embellecer museos, sino para exponerlas a la adoración en los templos, porque la iglesia en aquellos

siglos tenía absorbidas las bellas artes en todas sus manifestaciones, las estatuas en mármol o en piedra, tendrán toda la belleza artística que hicieron inmortales a sus autores, pero carecen de ese carácter religioso, que fué el objeto principal de nuestros grandes escultores de aquel tiempo.

Lo que expongo lo pude comprobar, por azar de la suerte, en mis dos visitas a la gran ciudad de París, donde mi afición me llevó a visitar sus grandiosos Museos y otros lugares donde se exhiben obras grandiosas de la escultura.

Nuestra Señora de París, esa filigrana del arte gótico, y la parroquia de la Magdalena, parecida más bien por su exterior a un templo pagano que a una iglesia cristiana, la más rica y frecuentada de todas las de la capital de Francia, ambas me admiraron en su exterior, como bellezas arquitectónicas; pero, al traspasar sus hermosas puertas, ya en el interior, mi decepción fué grandísima, porque aquellas imágenes en piedra me causaban la misma impresión artística que cuando observaba las estatuas de la colección del Louvre: mármol cincelado por eminentes artistas, pero nada más.

Después de haberme permitido esta pequeña objeción, copiaremos algunos apuntes, aunque someros, de nuestros célebres escultores.

Ligeros han de ser, pues de lo contrario, tendría que molestar bastante vuestra benévola atención, y además, porque son muy escasos los datos que pude adquirir con relación a los escultores sevillanos y a otros que mostraron en nuestra ciudad, con la validez de sus obras, la cultura artística que atesoraba entonces la ciudad del Betis.

Para admirar las obras de Pedro Delgado, hay que visitar, en la iglesia de San Pedro, los seis relieves del altar mayor, concernientes a la vida del titu-

lar; un Descendimiento en San Vicente, y algunas estatuas en Santa Ana.

Pedro Duque Cornejo fué bautizado en Santa Marina. Hizo, para la cofradía de Jesús de la Pasión, establecida en el Salvador, la efigie de la Merced, notable por su belleza; para San Gil, la virgen del Rosario y otras varias que le acreditaron de hábil escultor.

Manuel García de Santiago, hijo y discípulo de Bartolomé, nació en Sevilla por los años 1711. Construyó el retablo de San Hermenegildo en la capilla del cardenal Cervantes, de la Catedral, menos la estatua del titular, que fué obra de su padre. Suyo es también el retablo principal del convento del Valle.

En Santa Marina vivió y murió el notable escultor Bernardo Ruiz Gijón, el cual esculpió, para la referida iglesia, la magnífica efigie de la Pastora, y para la cofradía de las Tres Caídas, estableciba en San Isidoro, la hermosa obra del Cirineo, considerada como una de las mejores estatuas de este artista sevillano. Suyas son también la titular de Santa Catalina y la Santa Lucía, que labró para la iglesia de este nombre, suprimida en 1868.

Jerónimo Hernández, que fué también notable escultor, nos ha dejado, entre otras acreditadas obras de su hábil cincel, la bellísima estatua de San Jerónimo existente en la Catedral. Fué maestro de Marcos Cabrera, autor del Cristo de las Tres Caídas de la iglesia de San Jacinto.

A Benito Hita del Castillo se debe el notable Evangelista de la cofradía del Desprecio de Herodes, cuya imagen sufrió la quemadura de una mano en el inesperado incendio del *paso* al parar en el centro de la plaza de la Constitución, el domingo de Ramos del año 1893.

Con sólo nombrar al ilustre sevillano Pedro Roldán, escultor tan notable como su hija la célebre Rol-

dana, hay que considerar lo difícil que es para un analfabeto en ese arte, hacer, no un juicio crítico de sus obras, ni tan siquiera una ligera descripción de las obras maestras que hoy son admiración del mundo entero, porque no cabe discutir que de todos los países civilizados han venido a nuestra ciudad caravanas de artistas para presenciar nuestras hermosas cofradías, no sólo porque representan los misterios del nacimiento del cristianismo, sino porque equivalen esas estatuas que coronan los *pasos*, un caudal hermosísimo de belleza y de arte majestuoso, que no tiene igual en ninguna de las escuelas escultóricas.

Nuestro ilustre pasiano debió nacer en el primer tercio del siglo XVII, y consta, como datos fidedignos, que en 1670 labró todas las efigies de la Piedad de Santa Marina; esculpió el Cristo de la Salud de la cofradía de San Bernardo y todas las estatuas de la de Oración en el Huerto (menos el ángel, de la de Montesión), y las del Descendimiento de la Magdalena.

En 1688 trabajó, en compañía de su hija y de Bernardo Simón de Pineda, en la artística peana del Gran Poder, que algunos han creído ser obra del insigne Montañés.

Su cincel incansable nos donó obras como el Jesús de las Penas, de la cofradía de San Jacinto, y la virgen de Regla, de la antigua de los Panaderos. El altar mayor del Sagrario, que perteneció a la capilla de los Vizcaínos, del convento que fué de San Francisco, hoy plaza de San Fernando, es una de sus mejores obras, y también labró, para el retablo mayor de la iglesia de la Caridad, un gran medallón representando el Santo Entierro, obra en que se dió a conocer como escultor de un talento extraordinario.

Aún tuvo tiempo para labrar el Cristo y la estatua de la Amargura, de la cofradía de San Juan de la Palma, y para la de San Gil, el Cristo de la Sentencia y la Virgen de la Esperanza, obra admirable y encanto

del típico barrio de la Macarena. Esta efigie, según tradición, fué construída para el hospital de las Cinco Llagas, y los hermanos de la cofradía de San Gil la pidieron como préstamo para que luciera en la procesión de la Semána Mayor, sin haberla devuelto a sus verdaderos poseedores. De ahí el que no pueda traspasar los umbrales del mencionado establecimiento benéfico, pues pudiera quedar en él, como verdadero dueño de tan hermosa joya artística.

Este eminente sevillano está sepultado en la iglesia de San Marcos y para ella hizo el santo titular.

Nunca fué ingrata Sevilla para los que, aunque en ella no nacidos, la enriquecieron con obras portentosas. Por ello se recuerda en una de las calles el nombre de CEPEDA, capitán y hábil escultor cordobés del siglo XVI, que hizo para la cofradía de la capilla del Museo la magnífica escultura de la Expiración, que es un verdadero estudio del acto de la muerte. Se labró en pasta y con moldes que fueron rotos y arrojados al Guadalquivir para que no pudiera hacerse otra igual.

Juan MARTÍNEZ MONTAÑÉS, famosísimo escultor que nos apropiamos los sevillanos, pero que se dice, como más verídico, que nació en Alcalá la Real, es otro de los genios a quien Sevilla debe un tributo de gran admiración.

Fueron tantas las obras maestras de este artista, que sería imposible hacer la relación exacta de todas ellas. Esculpió las estatuas de la virgen de la Victoria de la cofradía de las Cigarreras, que está considerada como una de sus mejores; la magnífica del Valle; la de la Estrella, de San Jacinto; la del Cristo y la Virgen de Monserrat; la de la Hiniesta, de San Julián; el Cristo de la Salud, de San Román; pero las que le dieron fama inmortal fueron el Gran Poder, de San Lorenzo; el Cristo del Amor, notabilísima escultura que estuvo muchos años en una capilla de la

antigua calle de los Baños y hoy está agregada a la cofradía de la Entrada en Jerusalén; de esta estatua se conserva una tradición que dió nombre a la efigie.

Demolida la iglesia de San Miguel en 1868, se trasladaron a la del Salvador las estatuas de la hermandad de Pasión y de la Merced, así nombrada porque fué hecha para el convento de este título que ocupaba el edificio del hoy Museo Provincial.

El Cristo de esta cofradía, según el propio Montañés, es la mejor estatua que labraron sus manos y él mismo se admiraba de su exacta perfección.

Por los años 1592, cuando trabajaba en sus mejores obras, vivió en la calle de su nombre, y murió en 1649, en la calle Monsalves, de una terrible epidemia que se desarrolló en Sevilla, llamada vulgarmente la *landre*. Fué enterrado en una de las fosas que para este objeto se abrieron en la calle hoy Torneo, del antiguo barrio de los Humeros.

Esto es cuanto puedo deciros de los grandes escultores sevillanos.

# El teatro

Sevilla puede enorgullecerse de haber sido la cuna (aunque algunos críticos lo nieguen) de la gran escena española.

En el siglo XVI, emporio de su grandeza, al par que se desarrollaban de un modo sorprendente las bellas artes con las concepciones de los grandes genios sevillanos, Juan de la Cueva, Lope de Rueda, autor y comediante, Mallara y otros escritores daban al teatro, con anterioridad a los grandes ingenios, obras escénicas que se representaban en el llamado Corral de Doña Elvira, del cual me ocupé en mi charla anterior.

Difícil, por no decir imposible, es hacer historia del teatro en Sevilla hasta los comienzos del siglo XIX, en que floreció la escuela romántica, que empezó con las obras traducidas de los autores extranjeros y las comedias de Moratín, representadas por Isidoro Maíquez, hasta que nuestro teatro adquirió su nueva paternidad con Gil de Zárate, Enrique Zumel, Pedro Marquina, Tamayo y Baus, Gertrudis de Avellaneda, Ventura de la Vega, Bretón de los Herreros, el Duque de Rivas, García Gutiérrez, Camprodón, Zorrilla, Rodríguez Rubí y últimamente con Echegaray, cuyos dramas fueron durante muchos años el mayor atractivo de la escena española.

De los primitivos teatros de esta época y aun anteriores, que ya han desaparecido por su estado ruinoso o para nuevas y diferentes construcciones, se hace memoria de uno antiquísimo que se dice existió en la calle San Eloy, y del que nombraban el Principal, que ocupaba el área del edificio situado entre las calles Sierpes, O'Donnell y San Acasio. Era el mejor coliseo de la ciudad a principios del siglo XIX y en él se representaron las obras dramáticas de los mejores ingenios españoles, y las primitivas óperas; así como las primeras zarzuelas españolas, entre ellas "El Tio Caniyitas o el Mundo Nuevo de Cádiz", recreo de nuestros abuelos; las tonadillas "El Trípili", "El Fraile", etc. y los bailes andaluces "La Cachucha", "La Manola y el Torero" y otros varios, pues rara era la función teatral que no terminaba con sus correspondientes pasos de palillos.

Este teatro decayó bastante al inaugurarse en 1847 el actual coliseo de San Fernando, y de aquí provino su total desaparición.

Por esa época existió también una sala de espectáculos en el local que ocupaba la demolida iglesia de Pasión, en la calle de este nombre (hoy *Vargas Campos*,) y en el cual actuó por algún tiempo la com-

pañía del actor Valladares, y en él estuvo después el café cantante de "El Burrero", también desaparecido.

El Coliseo Sevillano (y no me refiero a uno que dicen estuvo en la calle de este nombre y fué destruido por un incendio) fué construído por los años 1870 en el local que ocupaba el convento de las Mínimas, que desapareció a raiz de la revolución de 1868. Estaba situado en la calle Rioja, entre las de Sierpes y Velázquez, y se inauguró con el drama "El Anillo del Rey". Ni la escena dramática ni la lírica le hicieron prosperar, y hubo que cerrar sus puertas, quedando reducido por nuevas construcciones, a una pequeña sala, que se denominó Teatro del Centro y fué inaugurada en 1879. Recuerdo que en este teatrito, donde se representaban las antiguas zarzuelitas "Entre mi mujer y el negro", "Jacinto", "Buenas noches señor don Simón", "Criados de confianza", "Nadie se muere hasta que Dios quiere" y otras del repertorio de entonces, actuaba como director un tal Rosso, que era además un artífice en los trabajos en corcho y exponía sus obras en la sala de espectáculos, que luego eran rifadas entre los concurrentes al teatro. En este salón se dió a conocer un aficionado sevillano que poseía dotes especiales para la escena, Antonio del Real, conocido por el remoquete de *Realito*.

Trasformado de nuevo este local, actuó en él por los años 1892 y 1893 una compañía dramática dirigida por los primeros actores Pedro Delgado y Victorino Tamayo, última época en que trabajaron juntos, y el teatro tomó el nombre de Valero, en recuerdo del eminente actor sevillano.

Parte de este local lo ocupa hoy el salón Lloréns, dedicado a cinematógrafo y varietés.

Anterior a esta época, en que la afición al teatro era grandísima por que no existían los nuevos espectáculos de hoy, hubo un teatro a la entrada de la calle Arrayán, en un local que fué casa solariega, y

en él actuó el actor Juan Manuel Palau, cajista de imprenta, que abrazaba los géneros dramático y cómico y para el cual escribió Albarrán el célebre juguete "La Casa de Campo ". Palau casó con la trágica Carolina Civili.

El Teatro de Rioja, que tampoco existe, fué inaugurado el 17 de Diciembre de 1865, y ocupaba el local de la casa número 5 de la Plaza Pumarejo. Era un coliseo bastante aceptable, con buen decorado y extensa localidad, y, aunque en sus comienzos tuvo una aceptación grandísima, el sitio no era el más a propósito para atraer el número suficiente de espectadores que precisa un espectáculo diario, por lo cual quedó reducido a funciones de domingos y días festivos.

El que traza estas deshilvanadas noticias llegó a alcanzar los últimos triunfos escénicos de don Pedro Rodés; por cierto que en una noche, según referencias, en que se representaba la "Pasión y Muerte de Jesús", en uno de los camarines del escenario se tiraba de la oreja a Jorge de un modo descarado, y el primer actor, que, sin ofender su memoria, gustaba de esta clase de recreos, al ser requerido por el segundo apunte para que se preparase a salir a escena, contestóle: «Entretengan la escena un poco los comparsas, que estoy esperando a ver si se da este entrés.»

Otro de los actores que se hicieron populares en este teatro fué don Carlos Barrilaro del Valle, quien poseía dotes suficientes para ocupar un buen puesto en la escena; pero la índole del coliseo no era la más apropiada para alcanzar gloria y provecho.

Aquí pudimos presenciar las representaciones de las comedias de magia "La Baraja del Diablo" y "La Pata de Cabra", y hubo noches en que los espectadores, por un precio bastante módico, pudieron saborear los magníficos versos de las tragedias "Virginia" o los dramas "Don Alvaro o la fuerza del sino"

y "Traidor, inconfeso y mártir" y a continuación las comedias de bandidos "José María", "Diego Corrientes" y "Pedro Becerra o el corazón de un bandido"; es decir siete, ocho y hasta diez actos en una sola función. Menos mal cuando no se daban como *fin de fiesta* los sainetes "El sopista mendrugo", "El Payo en centinela", "Los dos Ciegos" o "El Payo de la Carta".

Sala de espectáculos fué también durante algún tiempo el edificio situado en la parte del Poniente de la Plaza del Duque y que habitó el marqués de Palomares, esquina a la antigua calle Estudiantes; pero qué pocos serán los sevillanos que recuerden aquel teatrito modesto que estuvo por los años de 1872 en la calle Bayona (hoy *Federico Sánchez Bedoya*) y que se titulaba Teatro de Variedades.

La sala de espectáculos era un patio cuadrado sostenido por columnas, dos de las cuales ocupaban los lados del proscenio, y en tan reducido espacio se ponían en escena las mejores zarzuelas del antiguo repertorio, entre ellas algunas que, apesar de sus hermosas partituras, no se representan hoy, como "El Relámpago", "Luz y Sombra", "El Diablo en el Poder", "La soirée de Cachupín", "Un sarao y una soirée", "Una vieja", "En las astas del toro" y el apropósito de autores sevillanos "La Coalición".

La bonita zarzuela, también dejada en olvido, "Robinsón", tuvo su estreno en Sevilla en este teatrito y obtuvo un éxito grandioso. Por aquel tiempo actuaba en este local una modesta compañía de zarzuela, en la cual empezaron su carrera artística las tiples Wiliam y Visen y la simpática cuan malograda comedianta Sánchez Castilla, cuyo fin trágico recordarán algunos de los viejos sevillanos, y del cual fueron testigos las calles Marco Sancho y Lista.

Aquí se dieron a conocer el tenor Sánchez, que años después le vimos actuar como tenor cómico y

que entonces cantaba de modo admirable "El estreno de una artista" y "El suicidio de Alejo"; al barítono Lacarra, célebre coleccionador de espadas de épocas, y al tenor cómico Rojas, que figuró mucho en diferentes compañías líricas.

También fué teatro modesto (y antes café de Las Flores, servido por mujeres, y en el cual lucía sus facultades el cornetín Vila con sus notables malagueñas), el salón de entrada de la casa número 23 de la calle Amor de Dios y se llamó de Lope de Rueda y también de Novedades. Entre varias compañías, actuó una infantil que organizó el culto tipógrafo y gran aficionado José Tirado, por los años 1872, y en la cual figuró la niñá sevillana Fernanda Rusquella, que ofrecía excelentes dotes para el arte lírico, pues cantaba con bastante facilidad y donaire las zarzuelas "Sensitiva" y "El hombre es débil".

A esta artista en miniatura acompañaban en las representaciones los jóvenes aficionados sevillanos Liñán y Heros. La Rusquella llegó a ser tiple cómica notable e hizo brillantes campañas por los teatros de América. En la época veraniega se utilizaba como teatro el amplio patio de este edificio, donde fueron innumerables las representaciones que se dieron a la zarzuela "Robinsón", en la cual hacía las delicias del auditorio el actor cómico Aguilar, conocido por "El Macaco", cantando los preciosos cuplés del "Capitán Tiburón".

Recordando los antiguos teatros de verano que hubo en Sevilla, no haremos mención del de Eslava porque es bastante conocido por su reciente actuación, y ha desaparecido para construir en su área un gran hotel; pero si merece ocuparse del que se levantaba por los años 1873 y algunos posteriores en el espacio de terreno fronterizo al antiguo almacén del Rey, junto al puente de Triana. Llamaban a este teatro "Los diez cuartos y medio" (moneda de enton-

ces) porque sus empresarios se llamaban Real, uno, y Mota, el otro, que formaban dicha cantidad. Nuestros abuelos se deleitaban en este sitio tomando el fresco y escuchando la música agradable de las zarzuelitas "El Membrillo de oro", con su parte de magia, como llamaban entonces a las transformaciones escénicas, "El barón de la Castaña", "C. de L." y otras obritas de aquel repertorio. En compañías de comedias españolas figuraron el primer actor Galbán y su esposa Matilde Ruiz, que era una actriz de bastante mérito.

Aquí empezaron su carrera artística la Mavillard y Ruiz de Arana, que arrancaban nutridos aplausos en los dramitas "Deuda de Sangre" y "La voz del Corazón". Este notable actor alcanzó el ser director de la Compañía Lara de Madrid y obtuvo señalados triunfos escénicos.

Antes de finalizar los apuntes de este teatro veraniego, hay que mencionar al notable primer actor cómico Pepe Suárez, que lo mismo representaba una de las mejores comedias españolas, que nos deleitaba al final con sus graciosos cuentos.

Para terminar el sucinto relato de los teatros sevillanos que han desaparecido, permitidme que dedique un recuerdo al que existió por los años 1874 en un vasto salón de una casa de la calle Rocío, que le dió el nombre, en la típica Triana. En esta época estaba constituida una sociedad de aficionados del barrio con el título "El Pensamiento", y entre los jóvenes que la componían figuraban, como director un amigo de la niñez, culto tipógrafo y notable escritor, Rodríguez La Orden, a quien llamábamos Joselito, y un valenciano de nacimiento, pero neto andaluz, conocido por *Pepe el Catalán;* don José Segura y Cortiella, este era su nombre, fué hermano político de aquel hábil y simpático periodista don Juan Sánchez Lozano, director-propietario de *El Progreso*, quien,

siendo juez municipal, libró a un grupo de tipógrafos sevillanos de verse complicados en los sucesos denominados de la "Mano Negra", con ocasión de ser detenidos por pertenecer a la Directiva de nuestra primera Sociedad y ésta sostener huelga en los talleres de *El Porvenir*.

Hecho este pequeño apunte, continuaré diciendo que el señor Segura era padre de una hermosísima cuan simpática trianera, quien poseía toda la sal y la gracia de las hijas de esta tierra, la cual se encargaba de los papeles de niñas en las obras que las requerían, y que fué arrebatada del lugar donde lucía sus hechizos por haberse casado con un súbdito inglés. La sociedad "El Pensamiento" instaló años después un teatro propio en un local de la calle Betis, que desapareció por haber ocurrido un hundimiento, que no ocasionó desgracias.

*
* *

Al empezar la somera descripción de los teatros que existen en la actualidad, merece lugar preferente, por su importancia artística y la grandiosidad del local, el de San Fernando, que fué construído en el solar del edificio que fué hospital del Espíritu Santo, en la antigua calle *Colcheros* (hoy Tetuán).

Se inauguró en 1847 con la ópera en tres actos, del maestro Verdi, *I Lombardi*, que había sido estrenada cuatro años antes. Entonces se desarrolló en Sevilla una afición entusiasta por las temporadas de ópera, demostrando el público tales conocimientos del verdadero arte lírico, que los artistas que actuaban en el teatro San Fernando y obtenían éxito, eran reconocidos en todos los coliseos del mundo.

Por este célebre escenario desfilaron tiples eminentes, entre las cuales recordamos a Elisa Villar de Volpini, que decían hija de Triana; Penco, Manti-

lla, María Sax, Reské, etc., y artistas tan renombrados como Tamberlik, Gayarre, Stagno, Massini, Viñas, Pandolfini, Uetam y otras eminencias del arte lírico italiano.

La zarzuela española, que estaba entonces en su mayor esplendor, trajo a nuestra ciudad compañías formadas por los mejores elementos de entonces y en ellas figuraron como tiples la Maldonado, que dejó el teatro por su casamiento con el difunto notario señor Calderón; la Santa María, Cuaranta, Velasco, Cortés y Montañés, que era una graciosa tiple cómica, y del sexo fuerte los tenores Sanz, que exigía siempre en sus contratos el cantar las zarzuelas "Marina" y "Un pleito"; Prat y Marimón; de director Nicolás Rodríguez, inimitable en el papel de "Robinsón"; de barítonos a Maximino Fernández y al sevillano Guzmán; Jimeno actuaba como bajo y de cómicos a Castilla y Morón.

Esta excelente compañía, hoy tan difícil de organizar, estrenó en este teatro, por los años 1872, las zarzuelas "El Molinero de Subiza", y dirigió la orquesta el autor de su hermosa partitura maestro Oudrid; "El primer día felíz" y otras como "El Tributo de las cien doncellas" y "La conquista de Madrid".

El género bufo, como llamábamos entonces al arte de operetas, que empezó con la obra de Blasco y Offembach, "El Joven Telémaco", que se hizo popular por la canción "me gustan todas en general" y que dió el nombre de *zuripantas* a las coristas que actuaban en esta clase de espectáculos, tuvo una aceptación notable en este teatro con la presentación de los bufos de Arderíus, empresario que presentaba las obras con espléndido y rico vestuario y decorados magníficos. Los sevillanos se recrearon entonces escuchando las hermosas partituras de las magníficas zarzuelas bufas "El Potosí submarino", "El Rey Mi-

das", "Los sobrinos del Capitán Grant", "La vuelta al Mundo" y "El Siglo que viene", obras en las cuales demostraban su vis cómica y raro ingenio escénico el inimitable Arderíus y su lugarteniente Rosell. En esta compañía figuró la artista Celsa Fontfrede, hoy señora viuda de Concha y Sierra.

El verdadero teatro español, la escena dramática, tuvo en este coliseo temporadas brillantísimas, difíciles de describir en estos ligeros datos tomados al azar; pero bueno es recordar algunos de los eminentes actores que desfilaron por el proscenio de San Fernando.

"Las primeras actrices Salvadora Cairón, Matilde Díez, Pepita Valero, que murió en una casa que ya no existe, de la calle *Triperas* (hoy Velázquez), entre las de Encomienda y O'Donnell, a consecuencia de ciertas inesperadas protestas que le hizo el público, por desavenencias entre éste y la empresa, en una noche que se representaba la comedia "Mujer gazmoña y marido infiel." En recuerdo de esta notable y simpática actriz se colocó una lápida en la misma habitación donde falleció esta desgraciada artista, hermana del eminente Valero.

El notable actor y poeta Julián, tío del celebrado autor y actor cómico del mismo nombre, también actuó en los primeros años de este teatro, siendo notable intérprete de las obras del género romántico, tales como "La Huérfana de Bruselas", "El Hombre de Mundo" y otras del mismo carácter.

Digna de mención es también la que fué notable actriz Mendoza Tenorio, retirada prematuramente de la escena por su casamiento con el doctor Tolosa Latour, y que era una notabilidad en la interpretación de las obras del Teatro antiguo, compartiendo los laureles con el malogrado actor, hijo de Sevilla, Rafael Calvo, del cual nos ocuparemos más adelante.

Cuando se presentó en este teatro la compañía

Guerrero-Mendoza figuraba en ella como actor el culto tipógrafo sevillano Manolo Diaz, a quien vimos de aficionado interpretar de modo notable el drama "Otelo o el Moro de Venecia".

Esta es la historia sucinta de nuestro regio coliseo, y es lástima que un teatro por cuya escena han desfilado tantas celebridades y que un día pudo parangonearse con los primeros de España y algunos del extranjero, se encuentre hoy postergado para servir de sala cinematográfica y alguna que otra función de excéntricos y gimnastas.

El Teatro de Cervantes, segundo en categoría, fué construído en parte del edificio que ocupó el hospital del *Amor de Dios*, en la calle de este nombre. Hizo la traza y dirigió la obra el arquitecto D. Juan Talavera de la Vega, y se inauguró en la noche del 13 de Octubre de 1873 por una compañía dramática que dirigían los primeros actores Pedro Delgado y Victorino Tamayo, que pusieron en escena la comedia "La niña boba", el juguete "Mi secretario y yo" y el apropósito "La última noche de Cervantes", original del poeta sevillano *José de Velilla.*

Este bonito teatro fué muy concurrido en los años que siguieron a su inauguración, pues en él actuaron compañías de todo género, recordando entre las líricas la de opereta que dirigía la notable artista madama Frigerio, intérprete notable de "La Gran Duquesa de Gerelostein", "Giroflé-Girofla", "El Duquesito", "Barba Azul" y otras de su gran repertorio. Por cierto que una noche en que se representaba la opereta italiana "Las educandas de Sorrento", obra en que lucía sus admirables facultades la tiple ligera, de cuyo nombre siento no acordarme, y al terminar un aria magnífica, algunos espectadores arrojaron ramos de flores al proscenio; pero la artista, más poseída de su papel que de aquel agasajo, hizo mutis sin atender a las flores que a sus pies cayeron,

dando lugar a que el público dividiera sus opiniones, que resultó en favor de la notable cantante, más amiga del arte quo de las ovaciones, que ella creyó exajeradas.

En una de las compañías de zarzuela tuvimos ocasión de admirar a la artista andaluza, que era un derroche de hermosura y gracia, Antonia García, para la cual se escribió la bonita zarzuela "El Lucero del Alba", en la que demostraba toda la sal de las hijas de esta tierra, y nadie como ella interpretó y cantó la parte de "Curriya" en la zarzuela "Cádiz".

Por los años de 1884 se estrenó en este teatro la notable revista callejera "La gran vía", letra del inolvidable poeta festivo sevillano, de portentoso ingenio, *Felipe Pérez* y González. Esta obra, que llevó en triunfo el nombre de su autor por todos los escenarios de España, tuvo en Sevilla una aceptación grandísima. Del papel del "Caballero de Gracia" estuvo encargado Julián Romea, de la "Pobre chica" la Pancha Díaz (para la cual fué escrita la zarzuela "Niña Pancha"); el "Ama" fué interpretada por la Górriz (notable artista que falleció en Sevilla) y el "Rata tercero" por Pedro Ruiz de Arana.

En el estreno de esta obra dirigió por primera vez una orquesta el maestro sevillano Manuel Martínez.

El notable poeta de los "Nocturnos", describidor como nadie de "La Tierra de María Santísima" y "Las azoteas de la Catedral de Sevilla", Benito Mas y Prat, natural de Ecija, pero sevillano de toda la vida, vió representar en este teatro (cuando sus facultades mentales habían perdido el equilibrio por el exceso intelectual de una larga labor) la zarzuela patriótica en dos actos "Agustina de Aragón", a la cual agregó una bonita partitura el maestro sevillano Luis L. Mariani, como antes lo había hecho con la zarzuelita, de Mota y González, "El talismán de mi suerte".

En las temporadas dramáticas cupo la mayor parte al eminente actor Pedro Delgado, quien interpretó todo el repertorio de Echegaray, y entonces los escritores sevillanos Velilla, Mas y Prat y Escudero y Peroso llevaron a la escena los dramas "Reinar para no reinar", "La luz del rayo", "La cruz del hábito" y "A espaldas de la Ley", que obtuvieron lisonjero éxito.

Este bonito teatro padeció durante algunos años el abandono de cierta parte del público sevillano; pero en la actualidad es el predilecto de la clase media y aristocrática de Sevilla, debido a que nuestro primer coliseo, sin que aquí tratemos de analizar las causas, está dedicado, "¡oh escarnio de los dioses!", a espectáculos impropios de una ciudad tan culta como la nuestra.

El teatro del Duque, el más popular de cuantos hay en Sevilla, ocupa el área de la Iglesia parroquial de San Miguel, que fué demolida en 1869, y por esta causa cierta clase del público le mostró adversión, por haber sido templo católico, sin tener en cuenta que éste, como los demás teatros de importancia de Sevilla, fueros lugares destinados al culto. Se inauguró en 1876 como teatro de verano, y por que entonces actuó en él una compañía gimnástica y acrobática, se le denominó Teatro-Circo del Duque.

Este popular coliseo sufrió diversas mejoras y ampliaciones por los años de 1873 y 1880, hasta que fué transformado en el cómodo teatro actual, al que la *gente de tablas* le dieron el sobrenombre de "Banco de España", pues hubo una época en la cual empresas y artistas gozaron en él de las delicias de la diosa Fortuna.

Por su escenario han desfilado compañías de todas clases: desde la ópera seria y la opereta, la zarzuela *grande* y el moderno género *chico*, hasta el más burdo sainete, pasando por el drama romántico y la

comedia de costumbres, aquí tuvieron todos aceptada interpretación.

Fué el primero en que se implantó en Sevilla, por los años 1883, el espectáculo de las funciones por horas, con una compañía dirigida por el veterano Juan Espantaleón, siendo empresario Manuel Barrilaro, muy entendido en negocios teatrales. En esta compañía figuró como galán joven el tipógrafo sevillano Waldo Fernández, hijo del maquinista del antiguo periódico "El Español", que antes se llamó "La revolución Española".

No haciendo mención del Salón Lloréns, Kursaal Central, Salón Imperial, Novedades, Variedades y otros locales destinados a cines y varietés, merece que nos ocupemos de un teatrito de verano modestísimo, que está situado en el prado de San Sebastián desde el año 1900, y que tomó el nombre de Portela porque así es el apellido del dueño del edificio. En este teatro han actuado compañías de reconocido mérito y en él se verificó en el verano de 1916 el primer beneficio organizado por nuestra Asociación para aumentar nuestras cajas de socorros.

# Sevillanos notables en la escena lírica y dramática

Todo sevillano que sea amante de las artes debe conocer y rendir un tributo de admiración al patriarca de la música, al insigne Manuel García que, llevó, por su nacimiento, el nombre de nuestra ciudad a todas las poblaciones cultas del mundo.

Nació en el año 1779 en una casa de la calle Santas Patronas, del barrio de la Cestería y de joven marchó a París para perfeccionarse en sus aficiones,

Compuso más de cuarenta óperas y piezas musi-

cales, entre ellas la célebre sinfonía de "El Barbero de Sevilla", de Rossini, porque a éste le agradó más la de García que la que el célebre maestro escribió para su obra. Suyas fueron las óperas "El Califa de Bagdad" y "El Poeta calculista".

Como cantante recorrió en triunfo los principales teatros de Europa, pues no tuvo rival cuando cantaba el "Don Juan", "Otelo" y "El Barbero de Sevilla".

Fué gran amigo de Maiquez y casó por primera vez con Manuela Morales, actriz de la compañía de dicho actor, de cuyo matrimonio tuvo dos hijas; teniéndose noticias de la primera, llamada Josefa, que fué tiple notable.

Contrajo matrimonio por segunda vez con Joaquina Briones, bailarina entonces y después notable cantante, y de ella tuvo los siguientes hijos: María Felicia, que nació en Turín en 1808 y murió en 1836, cantante eminente, mujer tan extraordinaria que hablaba correctamente todos los idiomas europeos. Se dió a conocer como artista desde joven y la llamaban "el ruiseñor de España". De su casamiento con el banquero yanki Malibrán, tomó este nombre, que hizo universalmente conocido.

Hija suya fué también Paulina García, notable cantante, eminente pianista y famosa pintora en retratos. Era conocida por la Viardot, apellido de su esposo, insigne crítico de arte.

Manuel García, su hijo, fué un hombre de vasto saber en las artes y en las ciencias. Sobresalió como profesor de música e inventó el aparato llamado Laringoscopio. Murió en 1909 en Inglaterra, donde residió muchos años. Su centenario, porque alcanzó una edad avanzada, fué un acontecimiento universal.

El patriarca de esta célebre familia de artistas, el sevillano eminente Manuel García, fallecido en el año de 1832, que bien merece un monumento que per-

petúe su recuerdo en la ciudad que le vió nacer, no ha conseguido todavía ni que veamos su nombre en una de las calles de Sevilla, lo cual constituye una verdadera injusticia para el ilustre sevillano que tanto honró a su patria.

Eminencia indiscutible de la escena española fué nuestro paisano José Valero, que nació en Sevilla el año 1808. Su padre, que era un actor bastante apreciado del público, le llevó al teatro desde muy joven, pues apenas contaba ocho años de edad. Esto acrecentó su afición a la escena, y más tarde formó parte de la compañía del teatro de la Cruz, de Madrid, interpretando los papeles de galán joven, con bastante aceptación.

Al crearse el conservatorio de Declamación de Madrid, ganó la plaza de profesor de declamación después de diversos ejercicios y representaciones escénicas a cual más brillantes, delatándose ya como excelente actor.

Demostró dotes insuperables para el drama romántico y no tuvo rival representando las obras "Las querellas del rey Sabio", "Alfonso el Onceno" y "La Carcajada", obras en las cuales hizo una creación portentosa de sus facultades y de su talento para la dramática española; contrarrestando la comedia de costumbres que tan fiel intérprete tenía en Julián Romea.

Los sevillanos pudieron admirarle por los años de 1852, en su excursión artística por los teatros de España con un fin benéfico, y también se recuerda aquella temporada en que ocurrió, en el mismo teatro de San Fernando, el desgraciado incidente que dió lugar a la muerte de su hermana Pepita, como la llamaban sus admiradores, y que tuvo como origen el carácter algo violento de su hermano.

La última vez que sus paisanos tuvieron ocasión de escucharle en la escena fué hace algunos años en

el teatro Cervantes, en compañía de Salvadora Cairón, quienes interpretaron los mejores dramas de su repertorio; y entonces nos halagó en el género cómico con el sainete "El Maestro de Escuela", obra que nadie interpretaba como Valero.

El primer actor Antonio Vico le coronó en el teatro Eldorado de Barcelona el año 1889, y falleció en dicha capital el 12 de Enero de 1891, sin legar fortuna alguna, apesar del mucho dinero que había ganado como actor y empresario.

Valero, que está reconocido como una de las verdaderas eminencias que tuvo nuestro teatro, no ha merecido para los sevillanos un recuerdo sencillo, siquiera el rotular con su nombre una de las calles de la ciudad en que se meció su cuna.

Rafael Calvo y Revilla, eminente actor dramático, nació en Sevilla en 19 de Marzo de 1842, en una casa de la antigua calle Sacramento (hoy del nombre de nuestro ilustre paisano). Por indicaciones de su padre, también actor, ingresó, contra su voluntad, en la compañía de Pedro Delgado (que entonces estaba en el apogeo de su fama), cuando apenas contaba 18 años.

Acrecentó su fama en Madrid cuando puso en escena el drama de Zorrilla "Don Juan Tenorio", que estuvo mucho tiempo en olvido por falta de actores adecuados al personaje del legendario sevillano, siendo uno de sus mayores triunfos.

Amante de las glorias de nuestra escena, fué encarnizado enemigo de que nuestro Teatro se viera invadido por insulsas traducciones de obras extranjeras, y, para contrarrestarlas, estudió con afán las obras clásicas de nuestro inimitable Teatro, empezando por "La vida es sueño", del gran Calderón de la Barca, y fué asombro del público por la acertadísima interpretación que dió al papel de "Segismundo".

Estrenó muchos de los dramas de Echegaray y en Barcelona la hermosa obra de Guimerá "Mar y Cielo".

En nuestro teatro de San Fernando tuvimos ocasión de admirarle en una brillante temporada en que actuaba en compañía de su hermano Ricardo y figuraba, como actríz eminente, Elisa Mendoza Tenorio, hoy señora de Tolosa Latour.

Nos probó su talento artístico en "La vida es sueño", de Calderón; "El castigo sin venganza", de Lope de Vega; "El vergonzoso en palacio", de Tirso de Molina; "Don Alvaro o la fuerza del sino", del Duque de Rivas; "El zapatero y el rey", de Zorrilla; y "La esposa del vengador", de Echegaray, siendo en esta obra el sin pár intérprete del personaje "Don Carlos de Quirós".

Rafael Calvo era hombre de gran cultura. Viajó por las principales capitales de Europa y América, y manejaba la espada con la destreza de un consumado maestro.

Decía los versos con una entonación vigorosa que no hemos visto igual en otros actores y que nos recuerda mucho el modo declamatorio del primer actor Francisco Fuentes.

Avanzado en ideas, fué uno de los que trabajaron por proporcionarle la fuga al brigadier Villacampa, que se trató de fusilar en 1886, por haberse sublevádo en sentido republicano, y se recuerda la célebre frase de este eminente sevillano que dirigió a los que fueron a visitarle con motivo de este suceso: "Dispongan ustedes de mi vida y mi fortuna para salvarle".

Uno de sus biógrafos mejores dijo de Calvo que "poseía, con los rasgos principales de la escuela clásica, los arranques del drama romántico y la naturalidad de la nueva comedia".

Encontrándose en Cádiz, sufrió un terrible ataque de viruelas que le llevó al sepulcro el día 3 de Octubre de 1888. En memoria de su nombre, acordó el

Ayuntamiento rotular con él la calle en que nació y el Ateneo colocar una lápida en la casa número 13 de la expresada vía.

Aún me falta decir algo más de los sevillanos que fueron gloria de la escena española, pero llegó el momento de ponerme a disposición de mis compañeros y discípulos, y esto, que he leído mal y de prisa, (porque el trabajo me aguarda), es cuanto he podido hacer hasta hoy.

# Otros sevillanos ilustres

Si antes de echar sobre mis cansados hombros la pesada carga de recordar a los discípulos de nuestra escuela las grandezas que en todos los órdenes atesora la ciudad más hermosa y más artística de Andalucía; si hubiera reflexionado un poco acerca de lo difícil que resulta hacerlo con entera fijeza y sin dejar escapar el más ligero detalle, os confieso ingenuamente que hubiera depuesto mi atrevimiento para no verme ahora en el embarazoso lugar de proseguir tan difícil labor, labor para mí harto penosa, y que voy a continuar, porque mi falta de tacto y de conocimientos, espero que los suplan vuestra sufrida atención y demasiada benevolencia para con este torpe narrador.

*
* *

Puesto ya el pie en la palestra, continuaremos la relación de hijos ilustres de Sevilla, cuyos nombres figuran en la nomenclatura de las calles de nuestra ciudad.

Juan de Rivera, que nació en 1532, en una casa de la calle Abades, fué Patriarca de Antioquía, arzo-

bispo, virrey y capitán general del reino de Valencia. Falleció en 1611.

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, religioso dominico, nació en Sevilla, de una ilustre familia, a fines del siglo XV. Fué nombrado obispo de Chiapa, en Méjico, y escribió varias obras defendiendo a los indios de América contra los atropellos que con ellos cometían los conquistadores. Murió después de mediado el siglo XVI, y su obra "Contra la Esclavitud de los Indios" fué impresa en Sevilla en 1552.

Mencionar debemos también al P. Fernando de CONTRERAS, que nació en la calle de su nombre y fué bautizado en la parroquia de San Gil. Dedicóse con ardiente altruismo por los años 1470, a la redención de cautivos y llegó en ocasiones a quedar en rehenes por ellos. Murió en 1548 en una casa de la plaza del Triunfo, que estaba agregada entonces al antiguo hospital de *Santa Marta* y descansan sus restos en la Catedral.

En una casa de la calle FABIOLA, cuya fachada ostenta como recuerdo una lápida conmemorativa, nació en 1802 Nicolás Patricio Wiseman, eminente eclesiástico de la iglesia católica inglesa, de la que fué primado y cardenal de Westminster. Autor de muchas obras escritas en latín y en inglés; pero la que le dió una popularidad grandísima fué la novela "Fabiola o Historia de las Catacumbas". Murió en Londres en 1865.

De la nobleza sevillana recordamos aquellos cuyos nombres se leen en las esquinas de las calles de la ciudad, entre ellos a HERNANDO COLÓN, hijo bastardo del almirante Cristóbal Colón y de Doña Beatríz Enriquez. Dedicó, como su padre, todos sus talentos y fortuna al cultivo de las ciencias y las letras. Fundó una rica y hermosa biblioteca en la casa de su propiedad del barrio de los Humeros, que después

ocupó el colegio de San Laureano, de cuyos jardines se conservó hasta hace pocos años un corpulento zapote. En el año 1551 pasó dicha biblioteca como depósito al Cabildo catedral y desde entonces se le conoce por biblioteca Colombina, en recuerdo de su fundador.

La calle MONSALVES recuerda este ilustre apellido sevillano, en particular a Juan de Monsalve, como valeroso caballero del siglo XV. Es notable su respuesta al ser interrogado por la reina Isabel la Católica.

En la Plaza PONCE DE LEÓN existe el palacio que fué de los Duques de Arcos, y en él nacieron los de aquel ilustre apellido Don Manuel, llamado el Valiente, y Don Rodrigo, Marqués de Cádiz, tan memorable en las luchas contra los árabes para completar la reconquista española, y el cual falleció en esta casa el año 1492.

Este edificio pasó después a propiedad de los Duques de Osuna e Infantado. En 1886 fué enagenado y se instalaron en él los juzgados de instrucción y municipales y al año siguiente lo ocupó el colegio Calasancio Hispalense, que en él continúa.

La fantasía popular ha querido hacer de la respetable personalidad histórica de Don Miguel MAÑARA Vicentelo de Leca, un burlador de honras y hasta algunos comparan su primera vida con la del legendario Tenorio, que "no hubo ocasión ni lugar por su audacia respetado". Otros le confunden con el arcediano Don Mateo VÁZQUEZ DE LECA, que perteneció al clero de Santa Ana y tuvo una juventud borrascosa, que la tradición nos relata en varios episodios, y que fué después modelo de caridad y virtudes.

Mañara fué en su juventud como todos los jóvenes de su época, aficionado a aventuras galantes y a no consentir que le cerrase nadie el paso, llevando a izquierda la tizona; pero no tan degenerado y perver-

so como el último de los Perafanes de Rivera, quien, en una noche de bacanal, quiso ofender de palabras y de hechos a unos obreros panaderos que festejaban el bautizo de un niño, en cuya reyerta sufrió aquel magnate muerte violenta, al sitio Norte de la Alameda, donde estuvo la Cruz del Rodeo y hoy existe la capilla de Belén.

El escritor francés Antoine de Latour recogió en un pequeño libro, que dedicó a los Duques de Montpensier, los hechos que atribuye la tradición a la vida borrascosa de Don Miguel Mañara, y en él pude leer las páginas que refieren que una tarde, al anochecer, caminando el atrevido sevillano por una de las calles más solitarias de la ciudad, vió un entierro de extraño acompañamiento, y al preguntar a uno de los que le seguían "¿quién era el muerto?" le contestaron: "¡Don Miguel de Mañara!", relato macabro que dió origen a una transformación completa en la vida de este hombre tan discutido por los historiadores de nuestra ciudad.

Don Miguel Mañara nació en Sevilla el año 1627 en una casa de la plaza de San Bartolomé y fué bautizado en la parroquia de este nombre. Fundó en 1664 el hospital de la Caridad, dando tales ejemplos de altruismo que él solo, en las épocas de epidemia o cuando el Guadalquivir lanzaba a las orillas alguna de sus víctimas, las recogía con sus brazos y las conducía al benéfico edificio de su fundación.

En él falleció en el último tercio del siglo XVII y fué enterrado primeramente en el pequeño atrio de la iglesia de San Jorge, (que pertenece al hospital), por disposición testamentaria de Mañara; acordándose después trasladar los restos al interior del templo.

La hermandad de la Caridad conserva la espada que usaba Don Miguel, entre otras de sus prendas; y en el año 1902, en el jardín fronterizo al hospital, se

colocó la estatua del fundador, última obra del malogrado escultor sevillano Susillo, que lo ha representado llevando en sus brazos a un pobre desvalido y enfermo.

La magnífica casa de la calle Santiago, de los marqueses de Villapanés, recuerda al célebre marino Don Manuel de Almonacid LÓPEZ PINTADO, que falleció en ella el año 1745.

Fué el primer marqués de Torreblanca del Aljarafe, y entre los servicios notables que le fueron encomendados se recuerda el mando de la escuadra que bloqueó a Barcelona en 1713, y su persecución a los piratas argelinos, mandando la flota de Nueva España; consiguiendo apresar varios buques piratas cargados de oro, que tenían atemorizados a los navegantes.

Don Jaime de Guzmán, MARQUÉS DE MINA, nació en la casa número 1 de la calle Coliseo. Fué un entendido escritor militar y en las últimas campañas de Italia logró con su pericia conquistar a Niza y Saboya; y el general Don José Carrillo de Albornoz, DUQUE DE MONTEMAR, de ilustre abolengo castellano, que también nació en Sevilla, fué el conquistador de Nápoles y de Orán.

Don José MENDOZA RÍOS, capitán de navío de la armada española, prestó señalados servicios a la navegación con sus cartas notabilísimas que fueron admiradas por todos los navegantes de Europa y de las cuales se hicieron diversas ediciones extranjeras y españolas, entre éstas una magnífica editada por la casa Ibarra de Madrid.

Continuando la serie de marinos ilustres sevillanos, mencionaremos al ALMIRANTE VALDÉS, que nació en una casa de la calle así rotulada, y entre los diferentes cargos que se le confiaron, desempeñó la regencia del reino en la tremenda crisis del año 1823.

En una casa de la calle que en nuestra ciudad

ostenta el nombre de ALMIRANTE ULLOA, nació a fines del siglo XVII, el más notable de los hombres de ciencia que tuvo España en el siglo XVIII, don Antonio de Ulloa, quien fué marino, naturalista y universalmente conocido por sus descubrimientos científicos, entre ellos el platino. Divulgó en España las teorías del magnetismo y la electricidad.

En 1735 formó parte de la comisión franco-española en que figuró el español Jorge Juan y los académicos de ciencias francesas Godin, Bouguer y la Condamine, la que, durante once años, exploró la América del Sur, lo que dió por resultado la exacta medición de la tierra y la determinación de su figura. Este fué el origen de la medida que llamamos *metro*.

Sabio eminente, poseía, además de los conocimientos científicos, otros que avaloraban su preclaro talento: estudió la cirugía, y al decir de sus biógrafos, dedicóse también a la relojería y a la fabricación de paños; cultivó y perfeccionó la tipografía de su época; aprendió la encuadernación y el arte del grabado, cosa muy natural en los grandes genios que nos recuerda la historia. Fundó en Madrid el primer gabinete de historia natural, y llegó hasta dirigir la construcción del Canal de Castilla la Vieja en más de cinco leguas. Llegó a tanto la fama de este ilustre sevillano, que las sociedades científicas españolas y extranjeras se honraban con contarle entre sus más famosos colaboradores.

¿No les parece a los discípulos que el rótulo de una calle no es bastante para honrar la memoria del sabio Ulloa? Un monumento en uno de los hermosísimos paseos de la orilla del Guadalquivir mostraría a los extraños que Sevilla sabe agradecer eternamente la fama con que la enaltecieron sus ilustres hijos.

La antigua calle de Quebrantahuesos, que antes era un estrecho callejón, está rotulada desde hace años con el nombre de ORFILA, en recuerdo de Don

Mateo José, de ese apellido. Este famoso médico y químico, que tanto se distinguió por sus trabajos sobre la toxicología, nació, según algunos de sus biógrafos, en Mahón, y otros lo creen hijo de Sevilla, porque aquí vivió algún tiempo antes de ser naturalizado en Francia. Nació en 1787, y en París y otras poblaciones francesas fundó establecimientos científicos y desempeñó cátedras importantes. Demostró gran habilidad como músico, y por su trato agradable y elocuente palabra, unido a las obras que escribió sobre asuntos de su facultad, fué conocido como uno de los más notables hombres de su época. Murió en 1853.

Médicos sevillanos notables fueron también el sabio doctor Nicolás MONARDES, cuyas cenizas se conservan en el convento de San Leandro; Francisco Díaz, inventor de la uretrotomía interna, y el doctor Gaspar Caldera de Heredia, insigne autor de varias obras de medicina. Murió en 1673 y fué sepultado en su panteón familiar de la iglesia de San Esteban.

***

Cansados el cuerpo y el espíritu con la labor diaria y el esfuerzo intelectual, es menester dar por terminados estos ligerísimos y no comprobados apuntes; pero como la intención al combinarlos fué la de que los jóvenes que asisten a nuestra escuela profesional se vayan penetrando de los nombres que ostentan las calles de nuestra hermosa ciudad, no daré por terminado mi torpe trabajo sin hacerles algunas indicaciones sobre varias que no se han mencionado aún y que conservan algunos recuerdos; datos recogidos de algunos escritores, entre ellos los que publicó en su *Guía de Sevilla*, hace varios años, el culto escritor y orador elocuente Don Manuel Gómez Zarzuela.

CALLE DE LAS AGUILAS.--En el número 18 (1) nació el patricio sevillano Don José GONZÁLEZ CUADRADO, fusilado en 1811, con su compañero Don Bernardo PALACIOS MALAVER, durante la invasión francesa en Sevilla, por no querer revelar los nombres de los que con ellos conspiraban para sacudir el yugo invasor.

ALMIRANTE APODACA.- En la casa número 1, vivió en 1823, don Juan Ruiz de Apodaca, conde de Venadito, virrey que fué de Méjico y representante en Londres de la Junta Suprema de Sevilla, durante la invasión de las tropas de Bonaparte.

ARJONA.—Nos recuerda al primer iniciador de las reformas de embellecimiento de nuestra ciudad, el célebre asistente don José Manuel de Arjona.

CASTELLAR.—En ella estuvo la casa de los Condes de Castellar y se cree que aquí nacieron los hermanos bastardos del rey D. Pedro, su encarnizado enemigo y sucesor Enrique de Trastamara y el Maestre de Santiago Don Fadrique.

CONDE DE IBARRA.--En esta calle, que antes se llamó de *Toqueros*, nació el notable literato don Nicolás Díaz de Benjumea, como lo recuerda una lápida colocada en la casa número 5.

ESCARPIN.—En ella fué asesinado traidoramente en la noche del 6 de Mayo de 1630, Don Fernando Melgarejo, célebre veinticuatro de Sevilla y sostenedor incansable de los fueros del Municipio sevillano.

ROSARIO.—En la casa número 10 falleció el insigne doctor don Benito ARIAS MONTANO, el año 1598, cuando desempeñaba el cargo de Prior del convento de Santiago de los Caballeros.

SIERPES.—En diferentes ocasiones se ha preguntado por el origen del nombre de la calle más popular y concurrida de todas las de la ciudad, y nunca se

---

(1) Téngase en cuenta que los datos son del año 1889, y que puede haberse alterado la numeración de las casas.

ha podido dar el más insignificante dato preciso. Ningún autor está conforme con lo que otros dijeron. Este, que lo tomó de unos caballeros del apellido Sierpes que en ella tenían sus casas; otros, que del nombre de un mesón que ostentaba en su muestra la figura de ese animal; pero estas referencias no comprueban nada cierto sobre el nombre de nuestra típica calle.

Harinas.—En esta calle, que hoy ostenta el nombre de un culto bibliófilo y entusiasta admirador de las letras sevillanas, ya fallecido, estuvo, en una casa que no existe por haber sido edificada de nueva construcción, la imprenta y redacción del batallador diario "El Cronista", de la que fué director don Lorenzo Leal Rodríguez Arias, que no era sevillano, sino un lugareño de la provincia, y que vino a la capital con ansias de ilustración y hacerse hombre con el talento y el esfuerzo propios. Hizo sus estudios desempeñando el cargo de dependiente en la imprenta de don Francisco Alvarez, que estuvo situada en la calle Tetuán. Fué escritor castizo y elegante y escribió varias novelas que son muy apreciadas de los amantes a las buenas letras, y se recuerda aún el folleto que publicó a raíz de la fundación del Ateneo de Sevilla, "Vivero de sabios", sátira fina y culta en el decir, pero de una mordacidad interior que levantaba ampollas.

Como periodista fué un modelo de valentía y pundonor, pues jamás rectificó lo que salió de su pluma, valiéndole más de un disgusto y hasta el tener que batirse con espadachines y matones del periodismo de entonces.

Sus campañas contra los "humos de Huelva", y aquella información a raíz de los sangrientos sucesos de Río-Tinto, en que fué imposible averiguar quién mandó hacer fuego contra las víctimas inocentes que llenaban la plaza del pueblo sin esperar tan brusca y

bárbara acometida, fué uno de sus mayores triunfos periodísticos.

Un político, famoso en los tiempos en que Leal demostró su gran valía con la pluma, le prestó protección y le arrebató de nuestra ciudad para llevárselo a San Sebastián como director del diario "El Guipuzcoano", y ¡oh escarnio de la suerte!, al viajar en uno de los trenes con dirección a Madrid, ocurre el sangriento choque de Cantanilleja, cerca de Burgos, y en él perece nuestro gran escritor, cuando aún le sonreían los deseos y anhelos de la juventud.

Nuestro paisano, que bien podemos llamarle así, no tiene un modesto recuerdo en Sevilla, más que en los corazones de sus amigos; sin embargo lo tienen en la nomenclatura algunos periodistas extraños.

* * *

Después de haber escuchado nuestros aprendices algunos ligeros apuntes sobre las grandezas artísticas de la ciudad de Sevilla y de sus más ilustres hijos, con objeto de darles a conocer los nombres que figuran como nomenclator de muchas de sus calles, no estará demás que conozcan también la transformación que dichos nombres han venido sufriendo hasta la época actual.

Reconquistada Sevilla del dominio de los árabes en el año 1248 por el rey Fernando III, éste dispuso el repartimiento de la ciudad entre los que le habian ayudado en su empresa, y, como recuerdo, varias calles tomaron los nombres de Alemanes, Catalanes, Francos, Gallegos, Genoveses, Lombardos, Navarros, Placentines y otros, según los lugares que ocuparon en el reparto.

Después, al constituirse las hermandades o gremios, las calles se bautizaron con los nombres de los diferentes oficios o artes manuales que en ellas te-

nían sus talleres, y se denominaron Acetres, Agujas, Alcuceros, Alfarería, Alfayates, Arte (de la seda,) Bancaleros, Batehojas, Borceguinería, Boteros, Cal cetas, Caldereros, Carreteros, Cedaceros, Cerrajería, Colcheros, Conteros, Curtidores, Curtiduría, Chapineros, Chicarreros, Escarpín, Escobas, Escoberos, Harinas, Lineros, Manteros, Mercaderes, Odreros, Pescadería, Refinadores, Tintes, Tintores, Toneleros, Toqueros, Vidrio, Vinatería, Zurradores y algunas más que ya se olvidaron con el transcurso del tiempo.

Como la ciudad iba creciedo en ensanche y población y era menester darles nombre a las nuevas calles se hizo uso de la flora y fauna para distinguirlas, y de la primera se tomaron nombres como Adelfa, Alfalfa, Amapola, Aromo, Arrayán, Arrebolera, Azafrán, Azofaifo, Clavellina, Dalia, Fresas, Heliotropo, Herbolarios, Laurel, Lino, Magnolia, Manzana, Morera, Mosqueta, Naranjos, Nardo Nabo, Olivo, Pajería, Palmas, Parras, Peral, Pimienta, Piñones, Rosal, Rosas, Rositas, Tomillo, Tulipán, Vervena, Verde y otras que ya no se recuerdan.

Con la fauna se rotularon Ardilla, Canarios, Cisne, Burro, Faisanes, Gallos, León, Leoncillos, Lobo, Mosca, Pajaritos (1), Palomas, Pelícano, Potro, Pulga, Ruiseñor y otras más.

Iniciadas y llevadas a la práctica las primeras reformas de la ciudad, empezó el cambio de los primitivos nombres por los de hijos ilustres de Sevilla y otros conmemorativos de hechos memorables en la historia.

---

(1) Por reciente acuerdo de la comisión de Estadística del Municipio se acordó rotular esta calle con el nombre de un diputado y banquero recién fallecido; y por indicaciones del cronista de la ciudad se colocará una lápida conmemorativa de que en ella se estableció la primera imprenta de Sevilla. Difícil es para este humilde obrero precisar la casa donde tuvo sus principios el arte tipográfico sevillano; pero lo probable es que fuera la que ocupa el ángulo de la derecha cuando entramos en esta vía por la calle de Francos, y en la que estuvo por muchos años la imprenta, litografía y encuadernación de don Juan Moyano.

De la guerra de la Independencia se tomaron los de Arapiles, Bailén, Conde de Tójar, Daóiz, Dos de Mayo, Empecinado, General Castaños, Gerona, González Cuadrado, Muñoz Torrero, San Marcial, Palacios Malaver, Velarde, Zaragoza, etc.

Nuestras encarnizadas e infructíferas luchas políticas, en particular las campañas contra el carlismo en acción, se recuerdan en las calles Argüelles, Bilbao, Cenicero, Constitución, Duque de la Victoria, Galindo, Guardamino, Luchana, Mariana de Pineda, Mendizábal, Riego, Temprado, Vergara y alguna otra.

La guerra de Africa de 1859-60, de más laurel que sustancia nutritiva para España, la recordamos en las calles Castillejos, O'Donnell y Tetuán.

La de 1866 con el Perú, que estuvo a cargo de la escuadra española, se conmemora con los nombres de Callao, Méndez Núñez y Pacífico.

* * *

Considero que mis sufridos oyentes estarán ya cansados de oir el relato insustancial de tantas calles; mucho más cuando la fiebre renovadora que se ha apoderado de la nomenclatura, con tanta y tanta variación, ofrece a los mismos sevillanos el desconocimiento de muchas de las vías recientemente cambiadas, teniendo que valerse algunas veces de los agentes del municipio para llevar una indicación directa del lugar a que desean dirigirse.

Y en vista de lo que ocurriendo viene con el nomenclator de la ciudad, aprovecho esta callejuela para escapar del laberinto en que voluntariamente me colé y del cual me salgo con el permiso de todos los que tuvieron la paciencia de escucharme.

# El sevillano

Hacer un estudio psicológico del mortal que tuvo la dicha de nacer en la reina del Guadalquivir, sienta muy bien al escritor extraño, porque todas las flo res que desparrame sobre nuestro suelo se lo agradecerán las que nacen en nuestros paradisíacos jardines; pero que un sevillano que nació en el tradicional barrio de Triana, el del barro y la brea, el que donó a Sevilla inimitables alfareros y otros que abandonaron sus hogares para acompañar sin miedos ni vacilaciones por mares desconocidos a intrépidos navegantes como Colón y Magallanes; el que aquí abrió sus ojos y admiró la hermosura de su cielo, ¿qué podrá deciros más que alabanzas de agradecimiento a la madre Natura porque así dispuso que pudiera gozar de lo más hermoso que encierra el Universo? Y en este momento comprometido estoy a deciros algo del sevillano, de mí propio, que es lo mismo que decir: esta es mi alma; esto es lo que yo soy, y el asunto es harto delicado y deleznable.

Considerado el hijo de esta tierra por su carácter especial, muy distinto al de otras regiones, hay que tener muy en cuenta la mezcla de la sangre árabe en varios siglos de dominación, que le ha dado esa fantasía pintoresca que no pudo desterrar de su alma porque le arrebata a grandes empresas, a todo lo noble, al sacrificio si posible fuera, antes que dominarse a lo innoble, al incumplimiento del deber. No negó su lealtad al Rey Sabio cuando le vió abatido; se inclinó de la parte del Rey Cruel porque hasta sus mismos hermanos lo traicionaban. Sevillano fué el hijo del Buen Guzmán, sacrificado bajo los muros de Tarifa; Fray Bartolomé de las Casas compromete su mitra de Chiapa, posponiéndola a su nobleza de corazón que no le permitía presenciar im-

pasible las imfamias de una soldadesca avara que martirizaba a los naturales de los países atropellados, deshonrando el noble pendón castellano, para que le indicasen los lugares en que el oro estaba esperando la codicia de los ingratos invasores.

La tremenda obligación del sacrificio es leyenda indeleble de los hijos de la reina del Guadalquivir, por eso al ocurrir la invasión napoleónica a principios del siglo XIX, Sevilla dió un contingente de mártires que la historia señala en la lista de los grandes patriotas.

El pueblo de Madrid lanza el grito de independencia, y un sevillano, Daoiz, rompe la orden de sus jefes de no entregar al pueblo, ansioso de armas, el parque de Monteleón, y lleva su rebeldía hasta fortificarse en él y combatir al enemigo de su patria y aquí encuentra la muerte, cuando por su abolengo y su juventud le aguardaba una vida de infinitos placeres.

Pero aún fué mayor el sacrificio de nuestros paisanos PALACIOS MALAVER y GONZÁLEZ CUADRADO, pues Daoiz como soldado juró la defensa de su bandera, y aquellos consintieron ir al patíbulo, cuando fué invadida nuestra ciudad, por no declarar los nombres de los sevillanos que conspiraban contra la hueste invasora. Por esta causa recomiendo a nuestros aprendidices que en las ocasiones que visiten el patio de los Naranjos de la Catedral se fijen en una pequeña lápida que les indica que en ese lugar están sepultados los dos sevillanos que sacrificaron sus vidas por salvar las de los demás, y están allí porque en el patio referido se enterraban en esa época los cadáveres de los que morían en el patíbulo.

La grandeza de alma del hijo de Sevilla, se demuestra en todas las manifestaciones de su vida: canta cuando sufre y sufre cuando canta por que sus típicas canciones son lamentos del alma que busca el

consuelo de sus penas entre notas de amores y amarguras, porque así es la música popular sevillana. La ausencia o el desdén de la mujer de sus *quereles*, la pérdida de un sér amado, cualquier ingratitud inmerecida, el *mal pago*, da motivo a esos pequeños poemas que no tienen autor, que no pueden tenerlo, porque son de todos, del que goza y del que sufre, de la risa o del amargo llanto.

"Sevilla—dijo un notable escritor andaluz—es el ojito negro de la tierra de donde salen al mundo los buenos mozos, los bien plantados, los lindos cantadores, los tañedores de vihuela, los decidores en chistes, los montadores de caballos, los *llamados atrás*, los lidiadores de toros, y, sobre todo, aquellos del brazo de hierro y la mano airada."

Ese sería el sevillano del tiempo de nuestros abuelos El de hoy, ya no hace gala de pujos de guapeza, ni desafía, chaqueta al brazo y con enorme cuchillo, por cualquier asunto baladí, como se cuenta en romances de plazuelas; y no porque haya decaído el orgullo andaluz con sus arranques de energías, sino porque el sevillano actual, apesar de su indolencia, de sus aficiones innatas de toros y *juergas*, está representado hoy por el obrero trabajador e inteligente que nada tiene que envidiar a los de otras regiones; aquí se forman el dependiente de comercio honrado y entendido, como el empleado de escritorio hábil y conocedor en toda clase de contabilidad; así como el obrero manual de fama reconocida.

Tales muestras de laboriosidad se notan hoy en las industrias y comercios de Sevilla; es tal el incremento que el trabajo viene en ella desarrollando, que esto basta para desmentir el anatema que nos lanzaban de que la ciudad del Betis era un continuo jolgorio, que no se pensaba en trabajos de ningún género, que el comer era lo menos habiendo dónde

divertirse, y camarones en el río, porque ésta era la tierra de palillos y panderetas.

Sí, por qué negarlo; a los sevillanos, como a cualquier mortal, les gusta divertirse en sus fiestas populares; pero el obrero lo hace en los días del descanso o después de cumplir sus obligaciones del taller, el mostrador o el escritorio.

¿No habéis notado que hasta en la época de nuestra renombrada feria de Abril, mientras unos se divierten en esa ciudad improvisada, en la que se derrocha el vino, el baile y buen humor, no muy lejos de tan ameno lugar se escucha el acompasado sonido de las máquinas de los talleres, y el sol esplendoroso de nuestro cielo se nubla a veces con el humo espeso que vomitan como volcanes las gigantes chimeneas de un gran número de industrias que van acrecentando nuestra fama de pueblo trabajador y culto?

Es verdad que una gran parte de la mal aplicada fama de indolentes, vagos e incapaces con que se nos ha venido motejando, la tienen ciertas obras escénicas, en que figura el sevillano con todos esos defectos y además el de embustero, y esta es otra de las cosas conque se nos ha venido falseando nuestro carácter particular.

Aplicar adjetivos exagerados cuando queremos demostrar lo grande, como decir "esto es mayor que la mar", o emplear los vocablos de mayor disminución para reseñar lo pequeño, como "es más chico que un comino"; esto no es ser embustero, esto es explicar las cosas a la manera del deseo de ánimo del que habla o escribe. Los que quieran comprobar la nobleza de los hijos de Sevilla en su más mínimo grado, basta con que pregunten en la vía pública por cualquier lugar o calle que deseen dirigirse, y tengan la seguridad que recibirán indicaciones verídicas y al-

gunas veces se verán acompañados por el mismo interrogado.

Con relación al trato social, el sevillano tuvo siempre por emblema la nobleza hospitalaria. Pueblo ardiente en caridad, acude solícito a socorrer la desgracia tan luego la conoce, y el pobre encuentra siempre un lenitivo a sus amarguras. Sevilla ha sido la fundadora de la primera Asociación de Caridad, obra benemérita ideada y llevada a la práctica por nuestro dignísimo socio protector el señor don Carlos Cañal y Migolla; asociación donde el necesitado encuentra el pedazo de pan que lo libre, cuando menos, de morir de hambre, cosa que no suele ocurrir en esta ciudad como en otras poblaciones donde se derrochan capitales en la opulencia y el festín, y el desvalido fallece enmedio de la vía pública.

Con los extraños es hermano, más que hermano, padre cariñoso, y con ellos comparte el pan y la amistad, pero amistad verdadera, no ese fingido altruismo que acaba cuando la causa perdió el efecto del cariño fingido.

El compañero de otras regiones que, obligado por circunstancias de la vida, llega a Sevilla en busca de medios con que vegetar, jamás vió cerradas las puertas fraternales que dan paso al legítimo derecho que nos donó la Naturaleza, y aquí se le proporciona medios económicos, que algunos son restados de los precisos del compañero; si hay trabajo, se le proporciona pronto y en condiciones adecuadas, y encuentra una amistad tan franca, tan cariñosa, tan verdadera, que son muchos los obreros que han traspasado los umbrales de la noble Sevilla y hoy están considerados como paisanos nuestros y aquí conviven con sus padres, sus esposas, con sus amantes hijos, bendiciendo esta hermosa tierra de promisión, cuyo maná no cae del cielo, se desprende de las manos pródigas del sevillano.

Si en Sevilla se trabaja, si sus obreros son hábiles e instruidos en sus distintos ramos, lo han demostrado las Exposiciones obreras aquí celebradas; lo observamos en las diferentes industrias, nuevas algunas, que vienen desarrollando una vida activa y próspera; en las monumentales edificaciones que con sorpresa admiramos y cuyos materiales, casi en su totalidad, son producto de la labor sevillana, del trabajo de sus hijos, dignos sucesores de los célebres alarifes que labraron nuestro Alcázar y esa Giralda inmortal por su fortaleza y la perfección geométrica de sus vértices, que resisten todas las sacudidas sísmicas y son refractarios sus materiales hasta para el rayo destructor.

## La sevillana

Perdónenme mis estimadas paisanas que les haya tocado en suerte el último lugar de estos desafinados apuntes; y ante el temor de que alguna se diera por ofendida si le aplico un calificativo psicológico que no sea de su agrado, voy a dirigirle unas cuantas líneas, por boca ajena, porque no me atrevo a decirlas por mi cuenta, y, además, porque el piropo ajeno resulta más agradable que el que se escucha diariamente y en familia.

Un célebre novelista francés, Gautier, dijo que "el requiebro más grato que se puede decir a una sevillana es llamarla *salada*", y aunque esto de los requiebros va perdiendo la ingeniosa oportunidad del chiste galante, para convertirse, algunas veces, en frases groseras, decirle a una sevillana *salerosa* es una forma de expresión demostrativa de la gracia, del donaire, del atrayente encanto de las hijas de Sevilla.

Además de la gracia nativa, nuestras mujeres tie-

nen rasgos de hermosura que son heredados de la raza árabe, y una morena sevillana, aunque no posea las líneas perfectas de la clásica belleza, siempre retiene algo que fascina si se la mira con amor, porque sus ojos negros son rayos que abrasan como los del Sol ardiente del Sahara, y hay que temerlos si se transforman en avasalladora pasión, porque matan con la mirada penetrante de sus hermosas pupilas.

Exagerado parecerá lo que llevo dicho sobre nuestras paisanas; pero esto ya se lo habrán dicho otros en éxtasis poéticos, y hasta el mismo escritor francés ya mencionado, dice, describiendo la perfección física del cuerpo de la mujer de esta tierra maravillosa y llena de encantos, que "se podría encontrar en Sevilla pies femeniles que cupieran en la mano de un niño".

Por necesidades de los tiempos, la mujer va dejando de ser un símbolo, un objetivo de belleza y amores, para convertirse en ayuda económica de las necesidades del hogar, y las vemos que invaden fábricas y talleres donde se las explota con una mínima retribución; y, sin embargo, desapareció el tipo clásico de la cigarrera, con falda de percal y pañuelo de espumas, de andar airoso y de movible talle, ocurrente en los chistes y provocativa de cuerpo; las que llevaban mañana y tarde a las puertas de la fábrica una multitud de curiosos y acompañantes, ofreciendo un cuadro característico de la vida popular sevillana, que se va esfumando y que desaparecerá del todo.

El baile sevillano, la seguidillla, tan sencillo como alegre, el que requiere los airosos movimientos de brazos, agilidad en los pies, gracia y desenvoltura en los giros del cuerpo; cuyo acompañamiento no es tan sólo la copla adecuada o de intención a veces, sino la repercusión de los palillos movidos por manos

hábiles, el rasguear y puntear de la guitarra y el acompasado golpear de las manos, que forman en su conjunto una orquesta extraña y sin dirección; la seguidilla, repito, va perdiendo también su puesto de honor entre los bailes populares, porque el exótico pianillo de manubrio lleva en sus cilindros otros bailes a los cuales se van aficionando nuestras sevillanitas porque se les llaman bailes de sociedad, pero que no son tan modestos como las clásicas sevillanas, en que las parejas no tienen el más pequeño roce corporal en ninguno de sus tiempos.

Y ahora me voy a permitir cuatro palabras dedicadas a la madre sevillana, que resulta, por una intuición incomprensible o por un amoroso exceso, la más madre de las madres, y el que esto escribe lo dice por experiencia, porque ha tocado los resultados, a veces perjudiciales, del excesivo amor de la madre sevillana.

Nuestras madres nos consideran siempre, aun peinando canas, como si estuviéramos en la edad infantil. Es decir, que jamás abdican de la soberana potestad sobre el hijo, por eso son las peores suegras de las distintas regiones españolas. Si se trata de una de sus hijas, se encela del marido porque la madre sevillana no consiente que nadie pueda quererla con la fuerza de su cariño, y si es de un hijo, no concibe, ni aun en sueños, que otra mujer, que no sea ella, pueda quererle más y arrebatárselo por completo, y esta es la causa principal de que la mayoría de los sevillanos, vegeten y mueran oscurecidos dentro de los muros de su ciudad natal, sin haber logrado el disfrute de otra vida más amplia en que demostrar sus derroches de habilidad artística.

Se dice entre nosotros, como cosa extraña, que los pequeñuelos de otras regiones vienen a Sevilla y aquí se hacen hombres laboriosos y hasta logran reunir capital para establecer industrias y medrar a costa

de la esplendidez característica de los hijos de esta tierra; y no debe extrañar a nadie el que esos hombres encuentren en la capital de Andalucía una América especial donde existen yacimientos de oro que no supimos explotar los naturales del suelo.

Y ¿por qué? Porque la madre de aquellos pequeñuelos de las otras regiones, dejan de ser madres en el instante en que el hijo necesita de otros lares, de otros horizontes donde desarrollar la nefanda ambición del logro personal, y le dice, como si tal madre no fuera, poniéndole en la plaza del lugar: "Hijo, te amamanté como madre, pero ya puedes mantenerte de pecho ajeno. Mira la veleta del campanario y escoge el punto cardinal que más te cuadre; el maíz del granero y la ubre de la vaca no producen lo bastante para mantener una familia cuando la nieve cubre nuestros campos y el hambre nos amenaza; ósculo te doy de madre, pero es menester que emigres a regiones donde el maíz abunde, donde las vacas pasten por piaras; donde la nieve no se conozca". Nosotros la conocemos por esas láminas tristes que el dibujo o la fotografía nos enseña; gráficos apuntes llenos de intensa poesía, pero que encierran un poema de miseria que los sevillanos no pueden imaginarse porque no lo han tocado, porque aquí todo es sol, porque aquí, en Sevilla, el pesimismo no puede arraigar aun en sus más tremendas ocasiones. Nuestro padre el Guadalquivir amenaza a veces, con aguas ajenas, devorar las moradas de los hijos de Triana, aguas que le ofrecen sus afluentes en los grandes temporales de lluvias y le obligan a desbordarse sin respeto a la ciudad de sus encantos, y el trianero, que ve invadida su calle, que nota que el agua amenaza sus muebles, que no puede acudir a la fábrica o el taller porque la corriente invasora no le permite evadirse; ni se desespera ni protesta contra el elemento que a su paso se opone. Sufre, pero calla; se alimenta mal,

pero se consuela esperando que un rayo de sol señale en el horizonte, atravesando las últimas gotas de las pertinaces lluvias, el arco bonancible que marque el fin de unos días de tristeza.

Quizás debido a la ofrenda de nuestro suelo, la madre sevillana no despide al hijo como pesada carga; al contrario, lo retiene en su hogar, y con él comparte lo escaso o lo abundante, antes que verlo alejar de su lado, a veces para no besarlo ya más. Entre unas y otras madres, reconociendo sus defectos, es preferible la madre sevillana. Esto lo dice quien ha sufrido los perjuicios de un cariño exajerado, y ¡perdóneme este atrevimiento aquélla que aún adora mi corazón en el santuario donde no puede haber más imagen venerable que la del altar que los hijos consagran a la Madre, a la única mujer que merece adoración!

*
* *

Sólo me resta manifestar a todos cuantos han honrado esta casa (1) en el día memorable de su inauguración; a todos los que tuvieron la paciencia de escuchar mi insulsa lectura; que el recuerdo de un eterno agradecimiento perdurará en mi corazón hasta el momento en que la madre tierra recoja mis despojos, los despojos de un obrero que no tuvo más ambición que trabajar e ilustrarse, porque la ilustración de los trabajadores es el arma más poderosa para lograr el triunfo de su emancipación social.

Y a ti, Sevilla, asombro de las artes, la que fué metrópoli de la vieja Europa y de la joven América; laque recibe brisas de libertad que el Occano transmite hasta sus muros encauzadas por el río Guadal-

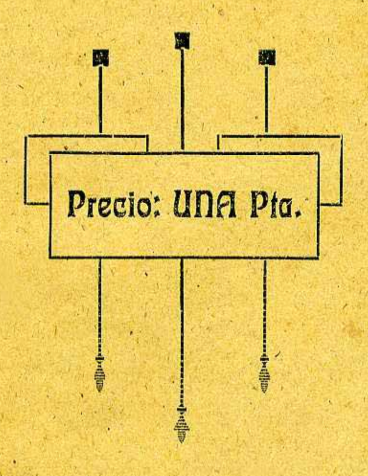
(1) Esta última parte de las conferencias «Sevilla», fué leída por su autor Juan Béjar Delgado, el día 9, en que tuvo lugar la inauguración del Centro del Arte de Imprimir.

quivir, testigo un tiempo de grandes expediciones por mares desconocidos; el que, hace un siglo, vió construir junto a sus orillas, en pequeño y deficiente astillero, el primer buque de vapor que navegó en España; el río más famoso de la Bética, que cantaron los poetas en églogas amorosas; testigo también de los amores del rey sevillano Don Pedro de Castilla, y cuyas aguas pisaron más de una vez los remos de su caballo para castigar injusticias; el que, todo poesía, no tuvo como el Tajo que cantar endechas al ver la liviandad del visigodo Rodrigo; tú, Sevilla de mis ensueños, dispensa al más humilde de tus hijos por el atrevimiento inconcebible de haber intentado agregar un himno más a los muchos que, para ensalzarte, grabó en la losa inmortal de tu brillante historia el genio de la Fama, porque fuiste y serás siempre, la muy noble, leal, heróica e invicta ciudad de Sevilla.

HE DICHO.



Se concluyó la impresión de este libro en la Escuela Profesional del Arte de Imprimir, de Sevilla, el día 12 de Noviembre del año 1918.


Precio: UNA Pta.